

Equipo multimedia de apoyo a la enseñanza

Los jóvenes de ayer y de hoy



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

DIRECCIÓN NACIONAL de
**Gestión Curricular y
Formación Docente**

Equipo Multimedia de Apoyo a la Enseñanza
CINE Y CULTURA CONTEMPORÁNEA

Los jóvenes de ayer y de hoy
por Jorge Elbaum

MINISTRO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA
Lic. Daniel Filmus

SECRETARIO DE EDUCACIÓN
Lic. Juan Carlos Tedesco

SUBSECRETARIA DE EQUIDAD Y CALIDAD
Lic. Alejandra Birgin

DIRECTORA NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR Y FORMACIÓN DOCENTE
Lic. Laura Pitman

COORDINADORA DEL ÁREA DE DESARROLLO PROFESIONAL DOCENTE
Lic. Silvia Storino

DIRECCIÓN NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR Y FORMACIÓN DOCENTE

ÁREA DE DESARROLLO PROFESIONAL DOCENTE

PROYECTO “EQUIPO MULTIMEDIA DE APOYO A LA ENSEÑANZA”

COORDINACIÓN GENERAL

Silvia Storino

Esteban Mizrahi

COORDINACIÓN EJECUTIVA

Liliana Calderon

Martín D'Ascenzo

SUPERVISIÓN

Patricia Bavaresco

Corina Guardiola

Mercedes Potenze

Claudia Rodríguez

Adriana Santos

Teresa Socolovsky

Verónica Travi

PRODUCCIÓN EDITORIAL

Viviana Ackerman

Raquel Franco

Karina Maddonni

Adriana Martínez

Sergio Lucciani

Mario Pesci

Liliana Santoro

Nora Raimondo

Agradecemos especialmente a Raquel Gurevich, Beatriz Masine y Javier Trímboli. Expresamos asimismo nuestro agradecimiento por la lectura crítica de los módulos a los siguientes profesores de nivel medio: Matilde Carlos, Sergio Carnevale, Horacio Fernández, Marcela Franco, Emilce Geoghegan, Rubén Guibaudi, Julián Insúa, Gertrudis Muchiute, Claudia Paternóster, Andrea Paul, Mónica Pianohoqui, Gustavo Ruggiero, Alfredo Sayus y Adriana Valle.

Estimados colegas:

Una de las preocupaciones compartidas por los profesores de escuela secundaria es la de generar en sus aulas mejores condiciones para la comprensión y apropiación de los saberes que la institución esta convocada a transmitir.

Los alumnos que habitan nuestras escuelas transitan una época en la cual la producción audiovisual ocupa un lugar protagónico: los jóvenes y también los adultos formamos parte de un mundo que se comunica, divierte, informa y conmueve por medio de las imágenes. Desde esta perspectiva, nos hemos planteado la tarea de encontrar nuevos lenguajes y formatos que tornen posible un mayor acercamiento entre docentes, alumnos y contenidos de enseñanza.

En esta oportunidad, buscamos poner a disposición de los Institutos de Formación Docente un conjunto de materiales que faciliten la comprensión de problemáticas específicas del mundo contemporáneo relativas al mundo del trabajo, las culturas y los vínculos juveniles. Los mismos potencian el uso de la imagen como recurso para la reflexión sobre temáticas clave que atraviesan nuestra época.

Creemos que introducir nuevas narrativas en la escuela puede ser una excelente ocasión para abrir debates acerca de los múltiples cambios históricos, sociales, políticos, económicos y de la vida cotidiana que se abordan como objeto de conocimiento en la escuela.

La Ley de Educación Nacional dispone la obligatoriedad de la Escuela Secundaria. El desafío que se nos plantea como sociedad es garantizar la inclusión de los adolescentes y jóvenes en la escuela desde una justa distribución de los bienes culturales de los que disponemos. En este sentido, esperamos que los materiales que aquí presentamos enriquezcan la tarea de enseñar y aprender en la escuela media.

Cordialmente,
Lic. Daniel Filmus



Equipo multimedia de apoyo a la enseñanza

La cultura audiovisual es mirada muchas veces con recelo por la escuela, cuya cotidianeidad transcurre entre escrituras y lecturas. Sin embargo, los avances producidos en el pensamiento pedagógico y en cada uno de los campos didácticos sugieren que es posible favorecer los procesos de aprendizaje en los alumnos introduciendo nuevos lenguajes en el ámbito escolar.

Dado que el cine y otros medios de expresión visual han alcanzado un lugar destacado en la cultura, pueden servir como vía propicia para acceder a las problemáticas cuyas múltiples transformaciones afectan la vida cotidiana en las sociedades actuales y que se abordan como objeto de conocimiento en la escuela.

Nos referimos a los medios audiovisuales como recursos para la enseñanza de contenidos, pero a la vez como reserva de espacio para realizar una alfabetización audiovisual en acto, en tanto el encuentro que supone la circunstancia genera oportunidades de interacción entre los jóvenes y la imagen, en un ambiente claramente marcado por la intencionalidad pedagógica.

El Equipo Multimedia de Apoyo a la Enseñanza que aquí presentamos, está conformado por ocho ciclos temáticos. Cada uno de ellos se compone de cuatro filmes y un cuadernillo para el docente, que profundiza los temas abordados en las películas, a saber:

- Cine y literatura: El narrador y la ficción.
- Cine e historia. Argentina: la segunda mitad del siglo XX.
- Cine y ciencias sociales. Trabajo y territorio.
- Cine y filosofía. Destino, azar y necesidad.

Además se incluyen cuatro ciclos de cine y cultura contemporánea:

- El cuidado del otro.
- Pasado argentino reciente.
- Los jóvenes y el mundo del trabajo.
- Los jóvenes de ayer y de hoy.

Esperamos que este material acompañe el trabajo de los docentes y colabore potenciando los procesos de enseñanza.

Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Índice

1. Introducción.	11
2. Entender las diferentes juventudes.	13
3. Los jóvenes y los procesos de exclusión: discriminación y fragmentación.	21
4. Juventud, cambio y velocidad.	25
5. La noche joven.	31
El ocio de la noche juvenil.	
6. Formas de las identidades juveniles. La música y las tribus.	37
Música.	
Tribus urbanas.	
7. Expresiones de la violencia juvenil.	47
8. La juventud y las condiciones para su participación política.	51
9. Jóvenes y adultos de hoy: relaciones difíciles pero necesarias.	61
10. Actividades para trabajar con las películas.	63
11. Bibliografía.	71



Introducción

El material que se presenta a continuación tiene como propósito contribuir a una reflexión sobre la juventud. Los jóvenes y sus idiosincrásicas formas de expresión constituyen un pueblo de reciente aparición. Desde su emergencia abrupta en los años 60, la juventud no sólo no ha abandonado la escena que la constituye en protagonista, sino que ha evolucionado convirtiéndose a sí misma en un valor.

Ser joven, seguir siéndolo, es algo que se ha divorciado del rango etario con el que solía identificarse a quien formaba parte de este colectivo social. Tal proceso de “juvenilización” de la sociedad induce a los jóvenes a buscar otras marcas identitarias que les permitan el reconocimiento entre pares. Pero como el límite entre la juventud y la adultez se ha vuelto demasiado difuso, esta búsqueda tiene a radicalizarse asumiendo, en determinadas circunstancias, giros desesperados. Sin embargo, lejos de ser una enfermedad pasajera, la juventud es un período sustancial de nuestras vidas: un laboratorio para el ensayo identitario en el que se perfilan o definen muchas de las opciones significativas de nuestra vida adulta. Para entender a la juventud y a los jóvenes es necesario, entonces, situarse en una perspectiva abierta a esta complejidad.

El cine es una forma de expresión artística especialmente adecuada para la comprensión de este fenómeno en sus múltiples aristas. Posibilita la observación de realidades y situaciones diversas por medio de imágenes y sonidos que impactan o sorprenden. De esta manera, la reflexión en torno de los jóvenes y el mundo que los rodea se nutre con las emo-

ciones que despiertan las películas. El cine es un lenguaje oblicuo que se niega a ser reducido a esquemas resueltos y tranquilizadores. Permite establecer un diálogo profundo con algunos temas complejos que muchas veces logran esclarecerse luego de una buena película. Esta estrategia nos permite acceder a las distintas problemáticas que atraviesa la juventud en la actualidad de una manera conceptual y sensible a la vez.

Se seleccionaron cuatro películas que hablan de jóvenes de ayer y de hoy. En tres de ellas puede leerse la complejidad de la condición juvenil en la escena contemporánea: *Caterina en Roma*, *Mala época* y *Los Educadores*. Y la cuarta, *Despábilate amor*, intenta trazar un diálogo entre los adultos actuales y los jóvenes de ayer. Dos de las películas son argentinas, una italiana y otra alemana. Sin embargo, todas habilitan procesos de identificación y extrañamiento. El cine no es ni pretende ser un espejo de lo real. Es una producción artística e industrial que sirve como excusa para pensar nuestra realidad con otros ojos.

Este módulo contiene, además, una serie de actividades que orientan el trabajo con las temáticas a través de las películas. La secuencia apunta a dejar hablar primero a la película en su sentido más literal para luego abordar diferentes capas de sentido más dilemáticas, pues la representación de los jóvenes propuesta en los diversos relatos cinematográficos seleccionados dista mucho de ser lineal.

Finalmente, repensar a los jóvenes es una invitación y un desafío: la invitación a deponer buena parte de nuestros prejuicios y el desafío de volver a pensarnos.



Entender las diferentes juventudes

*Brechas sociales juveniles: entre los consumos, las prácticas y los códigos.
Rituales de afirmación masculina: la violencia como síntoma de impotencia*

Existen culturas de nominación. Formas culturales para definir quién es joven y cómo se es joven. Nuestras percepciones dominantes, nuestro sentido común, nos llevan a pensar que la juventud es un período de tránsito hacia otra etapa más “sustantiva”. Sin embargo la juventud supone una etapa tan importante como cualquier otra en el desarrollo biográfico, y no puede ser definida o evaluada como una etapa transitiva, como un simple “puente” entre la niñez y la adultez. En la película *Los Educadores* se hace referencia a esta desestimación de la juventud como etapa potencialmente productora de opiniones valederas: el acaudalado dueño de la casa —uno de los protagonistas secundarios del filme— repite sistemáticamente que la rebeldía de la juventud es pasajera y que “tarde o temprano se les va a pasar”, en referencia a esas ganas y a esa rebeldía que pretenden cambiar el mundo.

Es, incluso, una etapa crecientemente relevante en la configuración subjetiva, debido a que se percibe socialmente como una de las fases más trascendentes (en términos de vínculo con el consumo y con la construcción de “identidades”) por los medios de comunicación masiva y por los propios adultos, que se sienten atraídos (y muchas veces amenazados) por las formas que asume la juventud en la

actualidad. Esta ambivalencia —atracción por la “fiesta” adolescente y rechazo o pánico hacia los cambios morales que conlleva— queda claramente expresada en la película *Caterina en Roma*, en la cual se deja a los jóvenes frente a una ambigüedad angustiante: por un lado, presiones que exigen definir caminos, postulando los riesgos que sugieren, y por el otro, “miradas” de rivalidad de los adultos —por un estilo de libertad juvenil que no pudieron disfrutar.

La ambivalencia cultural que marca a los jóvenes con la doble etiqueta de peligrosos y a la vez dignos de “envidia” adulta los deja en el peor de los territorios: el de la angustia de no saber qué se espera de ellos: si se les demanda que sean los organizadores de la “fiesta social” —enarbolando estéticas indumentarias, estilísticas corporales o códigos tribales— o si se espera que cometan suficientes errores como para someterlos a una “ortopedia” social autoritaria.

Al mismo tiempo, los adultos suelen sobrevalorar la corporalidad juvenil (y su cotidianidad) buscando artificial o forzosamente recuperar cuerpos juveniles y llegando incluso a medidas quirúrgicas o químicas para su obtención. Esta señal no es obviada por los jóvenes. Dicha búsqueda de la “juventud eterna” es percibida por la juventud como una autodesvalorización del mundo adulto y como una sospecha de que la llegada de la adultez no supone más que un abandono de la celebración juvenil. La extensión de la juventud —medida en años de duración— no es más que una expresión cronológica de este proceso en

el que los adultos quieren seguir siendo jóvenes y los jóvenes no quieren ser adultos.



La juventud es asociada y representada por escenas contradictorias

A diferencia de lo que se suele creer —y se postula desde las tradiciones evolutivas—, la juventud es una etapa “sustantiva” igual que la niñez, la adultez o la ancianidad. En realidad, cuando se presenta a la juventud como un simple “tránsito”, y se le quita su especificidad, importancia y trascendencia, se contribuye a deslegitimar la etapa como un período vital del crecimiento subjetivo. Mediante estos procesos de deslegitimación se tiende a relegar sus producciones y acciones: se dice que es un “tránsito” hacia la adultez y se la caracteriza como una “edad del pavo”, desatendiendo sus demandas y despreciando la rebeldía que proviene de sus acciones.

Un ejemplo visible de este tipo de desprecio hacia los jóvenes es el que se advierte en la película *Despabilate amor*, en la que diferentes comentarios nostálgicos ponen en evidencia la supuesta superioridad de la juventud de los protagonistas por sobre las juventudes contemporáneas: las juventudes setentistas aparecen en el filme como formas superiores de ser joven, y las actuales se exponen como superficiales y frívolas, lo cual genera una desestimación de las opiniones de quienes hoy atraviesan por la adolescencia y la pubertad.

La juventud es tan trascendente como cualquier otra etapa y no es menos relevante porque suponga momentos críticos, confusiones o búsquedas de caminos personales. Lo mismo puede decirse de la adultez, la tercera o la cuarta edad, cuando hoy el imperio de lo “juvenilizador” irrumpe con tanta fuerza que deja a estos períodos como secundarios o tributarios frente a la “cultura joven” y sus correlatos tecnológicos, mediáticos y digitales. Lo que se puede inferir es que los adultos actuales han contribuido —por acción u omisión— a configurar un mundo en el que los jóvenes logran imponer sus saberes con una legitimidad que no han tenido en otra etapa de la historia humana. Los jóvenes probablemente sean hoy más respetados que algunos años atrás. Y probablemente, también, más temidos. Sin duda, esta imposición juvenil trasunta una pérdida de autoridad adulta y una necesidad de regenerar nuevas formas de interacción comunicativa con los jóvenes, utilizando sus códigos, neologismos y señas.



Ubicar a los jóvenes como sujetos plenos de derechos implica dotar a la juventud de un carácter “sustantivo” y no “transitivo”. Asumir que no hay etapas carentes de importancia es toda una perspectiva: toda etapa vital es un transcurso hacia otra, y cada uno período tiene una especificidad e importancia central en las trayectorias biográficas. La voz de un joven tiene tanto valor como la de cualquier otro sujeto, y la etapa evolutiva en la que se encuentra no invalida sus posicionamientos y opiniones. Sin embargo, la cultura de la que formamos parte sugiere que a los jóvenes hay que tenerles “paciencia” porque se encuentran transitando por una etapa intensa que merece vigilancia, pero que sus opiniones y percepciones no deben ser tenidas muy en cuenta, porque sus valoraciones son “transitorias”, dependientes de esa situación biográfica que no es “confiable”: en la película *Los Educadores* se hace referencia a esa desvalorización —y a los efectos que tiene sobre los jóvenes— cuando el hombre adinerado que es secuestrado considera que toda acción juvenil es el resultado de la ingenuidad y de una pasión claramente irresponsable y digna de ser desvalorizada por inmadura.

Hacer “sustantiva” la etapa adolescente y juvenil implica asumir que la juventud no es una “enfermedad o locura pasajera” que la adultez debe encargarse de combatir o disolver. Ayuda a comprender que la construcción de la identidad personal y social de los jóvenes es, también, una lucha y una confrontación para construir valores propios, diferentes de

los del mundo adulto. Supone aceptar que una manera de configurar sujetos plenos, autónomos e independientes de la modelación acrítica es enfrentarse, debatir, confrontar y discutir aquello que la sociedad adulta pretende de ellos y aquello que los jóvenes puedan proponer como superación, mejoramiento o escenificación futura del mundo.

La aceptación de nuevas formas de protagonismo juvenil, innovadores mecanismos de vincularse con su grupo etario y con las otras generaciones, implica un nuevo posicionamiento de los adultos, de la familia y del sistema educativo. Supone la tolerancia de originales maneras de transitar la juventud. Sugiere la aceptación de un espacio para los jóvenes para construir el futuro de una sociedad que tarde o temprano les pertenecerá. Y para su modelación futura los jóvenes requieren ejercitarse, entrenarse y establecer juegos de “ensayo y error”, con el fin de elegir los modelos de convivencia social en los que se sentirán más cómodos.

Aceptar este espacio de desarrollo juvenil no implica desatender el crecimiento o cercenar el rol educativo de los adultos. Sugiere “abrir” los espacios para la participación juvenil, la creatividad y la crítica del mundo que hemos configurado, incluso, con el aval y la oposición de quienes fueron nuestros antecesores. Invita, por último, a incorporar sus producciones culturales, sus modismos, rituales, códigos, innovaciones, no como elementos despreciables sino como configuraciones dispuestas a mostrar que tienen existencia propia,

que no necesitan copiar al mundo adulto sino que pueden ir intentando construir uno propio.

Una primera conclusión autocrítica acerca de esta mirada adulta sobre los jóvenes debería consistir en valorar lo que hacen desde su lugar histórico-biográfico particular, desde el lugar en el que crecieron, y no desde la perspectiva comparada de códigos adultos o de otras representaciones de la juventud.

Confrontarlos con “viejas” juventudes, dotándolas de una superioridad característica de quienes fueron jóvenes “sesentistas” o “setentistas”, es un ejercicio injusto: quienes transitan hoy por la juventud no vivieron la cosmovisión de un mundo “revolucionado” ni se vieron influidos por múltiples mensajes esperanzadores de hacia dónde debían orientarse la sociedad y la política. La juventud



Existen diferentes formas de manifestación y nuevos conflictos que pueden movilizar a los jóvenes. Las protestas con relación al trabajo esclavo o al trabajo infantil son algunas de las maneras que tienen los jóvenes europeos de enfrentarse al *establishment*.

actual, por el contrario, es hija de la fragmentación social, cultural y tribal en la que se reivindican la multiplicidad de identificaciones, el hedonismo y la noción de velocidad y “presente”: puede resultarle antipática e impertinente a muchos adultos, como le resulta al padre de la protagonista en el filme *Caterina en Roma*, cuando critica a sus nuevos alumnos de la escuela de Roma.

Aceptar estos cambios de cosmovisión de las juventudes supone, sin aplaudir constantemente las transgresiones, comprender las razones de algunas de sus acciones y la significación atribuida. Esto ayuda a descifrarlas desde el lugar en que ellas están siendo producidas, desde una configuración “temporal” que nunca puede ser equiparada con otras formas anteriores ni diferentes de ser joven. Esta tarea de “diálogo” intergeneracional e intercultural sólo puede llevarse a cabo tomando en cuenta los códigos comunicacionales y los lenguajes utilizados por los jóvenes, y requiere la necesaria inmersión en sus manifestaciones culturales y en sus maneras de comprender el mundo, teniendo en cuenta que la relación entre la edad que se posee y la ideología a la que se adscribe no es ni lineal ni directa. Hay jóvenes con diferentes ideologías que se identifican con “izquierdas” o “derechas”, del mismo modo que hay adultos con ideologías diversas.

La construcción de la autonomía personal requiere empezar a “pensar con cabeza propia”, ser capaz de equivocarse, hacer experiencias que sean el resultado de elecciones personales y tomar decisiones cuya motivación sea percibida como auténtica y no como produc-

to de una imposición familiar o institucional. Las instituciones, los adultos y las familias deben conocer y tener en cuenta estos procesos para colaborar con una producción de autonomía juvenil que no requiera –para su configuración– de una “pelea” costosa entre los adolescentes y las regulaciones sociales. A su vez esto exige entender que el “grupalismo” de los jóvenes –y su búsqueda en los “límites”– es una etapa que es necesario transitar para que el joven pueda desarrollar su “voz” interior, para que ésta no sea sólo un calco de la escuchada durante la infancia: la única posibilidad de que construya una identidad es que adopte caminos que lo hagan sentir “cómodo”. Y no hay otra posibilidad más que “ensayar caminos” antes de elegir los más adecuados. Probablemente ésa sea la motivación que orienta a los protagonistas de *Los Edukadores* a ejercitar formas de protesta delictiva.

Comprender las novedosas formas de transitar la juventud presupone también entender los cambios corporales y la alta emocionalidad que caracterizan el período. Exige reconocer a la sensibilidad como un territorio valorado y vislumbrar que ser joven implica muchas veces, casi necesariamente, criticar la doble moral, la hipocresía y el “caretaje” social, lo cual involucra el cuestionamiento de las “maneras”, la política, las relaciones públicas, las escenificaciones familiares, las buenas formas, etc. Y este posicionamiento no debería entenderse como un desprecio sino con un síntoma de la necesaria ruptura con el mundo

adulto para poder construir el propio espacio de crecimiento. Cuando un joven se enfrenta al “orden” familiar, cuando no se baña, cuando transgrede las reglas del juego, está exigiendo límites, pero está pidiendo también que éstos se construyan desde algún lugar legítimo y no simplemente desde posiciones percibidas como autoritarias.

Una segunda característica que debe ser tenida en cuenta es la necesaria salida del núcleo familiar que la etapa supone: todos los jóvenes, inicialmente desde su pubertad, necesitan “ir rompiendo” los lazos de dependencia temporal con su familia. Esta ruptura implica conflictos y cuestionamientos de los hijos hacia los padres. Por supuesto que esta confrontación estará condicionada por el tipo de vínculo que se haya establecido entre padres e



La socialización exogámica requiere del juego de la seducción y de una relación que permita superar el vínculo con los padres y constituir un camino propio por fuera de la determinación familiar.

hijos, pero el enfrentamiento no puede dejar de darse. Aquí aparece una segunda serie de conclusiones que conviene tener en cuenta para las actividades comunitarias con jóvenes: es necesario colaborar para que ese proceso de exogamia se desarrolle de la manera más sana, menos dolorosa y más creativa; cuando un joven “sustituye” a su familia por un grupo de amigos, lo único que intenta hacer es constituir su subjetividad, su personalidad, sin la mirada influyente de aquélla.

Esta es una de las causas por las que los jóvenes tienden a dejar los clubes y las instituciones que sienten muy “contagiadas” por las miradas familiares, paternas o maternas: suelen percibir que la presencia de sus padres en el mismo ámbito los convierte en dependientes, inmaduros o incapaces de relacionarse seductoramente con el sexo opuesto. De hecho, tal como sucede en la película *Caterina en Roma*, los jóvenes tienden a buscar formas de crecimiento a través de las cuales puedan diferenciarse y desprenderse de la mirada adulta. La protagonista busca mediante el grupo de pares alejarse de las demandas de su padre.

Entender a los jóvenes actuales implica trabajar con las imágenes, con la escenificación pública, con las emociones y con la cultura digital. Asumir los nuevos lenguajes y las nuevas demandas comunicacionales no significa abandonar otros que generaciones anteriores consideramos necesarios, como la cultura del libro o el debate. Implica admitir que todo diálogo es de alguna manera intercultural y que por lo tanto se basa en puntos de partida de alguna manera diferentes. Para decirlo de

otra manera: si queremos relacionarnos con los jóvenes debemos conocer su idioma. Y no podemos refugiarnos o justificarnos en el argumento de que ellos no conocen el nuestro, porque tenemos el lugar de adultos y las consecuentes responsabilidades.

Somos nosotros quienes queremos trabajar con jóvenes, ayudarlos a crecer en libertad; de ahí que nos corresponde la responsabilidad inicial de aprender su idioma. Aprender un lenguaje no es fácil. Y menos aún cuando tenemos que aceptar que nuestro “idioma” y nuestras prenociones están siendo cuestionados por jóvenes que, a nuestros ojos, tienen menos experiencia vital que nosotros. Sin embargo esto no puede ser una escapatoria para asumir que debemos interactuar con otras generaciones: los adultos tenemos que reeducarnos, aprender sobre Internet, entender qué es la cultura digital, comprender los mensajes latentes en esas letras musicales que muchas veces tendemos a desvalorizar y describir el fenómeno del crecimiento juvenil como una producción de autonomía generacional, innovación, creatividad y ruptura que tiene dentro de su espíritu una vitalidad, un cambio y una energía que debemos valorar y respetar.

Todo vínculo con otra generación, sobre todo en etapas de alta densidad innovadora como la actual, tanto en lo cultural como en lo comunicacional, debe incluir un humilde aprendizaje por parte de los adultos. Esto no significa que debamos convertirnos en jóvenes, ni que corramos detrás de la última cirugía estética para “desdibujar” nuestra edad, ni



que nos abstengamos de ser críticos con respecto a prácticas, procedimientos y percepciones de los jóvenes. Simplemente implica que tenemos que dialogar desde un territorio común y que ese territorio no lo podemos imponer de facto, ni puede estar basado únicamente en nuestro idioma. Tiene que interactuar con otros imaginarios, códigos, estéticas y formas de “nombrar” el mundo. La “nostalgia” juvenil a la que se hace referencia en la película *Despabilate amor* puede ser interpretada desde la creencia de que hay juventudes mejores y peores. Que hubo juventudes más lúcidas y que otras son más superficiales: esas comparaciones lo único que logran es alejar a las juventudes actuales del mundo adulto, al sentir la desvalorización nostálgica.

Es necesario entender, además, que la juventud es un proceso que dura cada vez más tiempo dentro de la biografía de un sujeto. Se extiende en cantidad de años. Esto significa que hay una “moratoria social” más duradera y que la entrada en la adultez tiende crecientemente a ser más tardía: las parejas se constituyen mas tardíamente y las “prácticas emocionales” con parejas diferentes se estiran en el

tiempo. La permanencia en el sistema educativo se dilata y en consecuencia el ingreso en el mercado laboral se produce más tardíamente, y aparecen cada vez más etapas diferenciadas en la etapa de la juventud. Períodos que se vinculan con los consumos, pero también con la resistida incorporación al mundo adulto, las responsabilidades familiares y las laborales. Probablemente ése sea uno de los núcleos centrales de debate entre los “Edukadores” y el adulto secuestrado: los jóvenes hablan de una juventud que cada vez tiene más duración, que cada vez está más vinculada a la suspensión de responsabilidades y a postergar el momento vital en el que los jóvenes empiezan a asumir responsabilidades adultas.



Los jóvenes actuales buscan prorrogar su etapa “juvenil” intentando asumir las responsabilidades adultas cada vez más tardíamente.



Los jóvenes y los procesos de exclusión: discriminación y fragmentación

A pesar de que la “juvenilización” es un proceso hegemónico, es decir, totalizador, posee, en relación con los jóvenes de los diferentes sectores sociales, una característica desigualadora: mientras los de sectores medios y altos permanecen en tal suspensión de responsabilidades durante creciente cantidad de años, los jóvenes de los sectores populares deben afrontar su incorporación al mercado de trabajo y a las responsabilidades familiares en forma más acelerada. De esta manera se produce un fenómeno que ha sido estudiado reiteradamente y que remite a la llamada “exclusión de juventud”, fenómeno por el cual amplios sectores sociales se ven privados del acceso a los códigos (las marcas, los consumos, los rituales y los usos de la ciudad) que definen la pertenencia a la juventud. En uno de los “cortos” de la película *Mala época*, un adolescente se siente fuera de las prácticas legítimas y los consumos de su enamorada. Esa distancia social supone la pertenencia a diferentes juventudes, algunas de las cuales son excluidas del universo simbólico al que sólo se permite acceder si se cuenta con los recursos para acceder a lugares bailables, marcas de ropa y/o circuitos musicales.

De alguna manera, la juventud en tiempos de mercado se constituye como un proceso del cual se es expulsado en la medida en que no se poseen los recursos aptos para transitar por él: si no se portan las marcas de la legitimidad juvenil, si no se tienen las zapatillas “de onda”, si no se va a bailar a los lugares de moda, se es “menos” joven. Y dado que la



Ser joven en la actualidad implica –a los ojos de una gran parte de la sociedad– acceder a determinados consumos, marcas y boliches o lugares de moda.

juventud aparece como un privilegio social, como un símbolo atractivo por sí mismo, se produce una especie de exclusión de juventud que priva, a quienes no acceden a sus símbolos, de una vivencia plena de dicho período etario.



En las discos, “boliches” o bailantas los jóvenes suelen sentirse libres de la mirada adulta y pueden “pensarse” como sujetos autónomos en vías de construir su identidad sexual y personal.

En su gran mayoría los adolescentes y jóvenes de nuestro país se encuentran vinculados de una forma muy desventajosa a la globalización y a la “mundialización cultural”: por una parte porque existen importan-

tes brechas entre las diferentes “juventudes” y, por otra, porque la integración a los capitales culturales legítimos de este tiempo se produce de una forma tardía e incluso parcial. Así, a la vulnerabilidad que supone la exclusión social, se le agrega la enajenación de diferentes bienes simbólicos que caracterizan la pertenencia a la ciudadanía global.

La desigualdad educativa, expresada en procesos de deserción escolar y repitencia, profundiza aun más las distancias entre las diferentes juventudes. Las “marcas” que dejan la exclusión se hacen presentes también en el vínculo de los sectores más desposeídos con el mercado de trabajo: la informalidad, la desocupación, la ausencia de cobertura de salud y la desesperanza enmarcan una situación de “sufrimiento social” que muchas veces invita al desconocimiento o la crítica de las reglas sociales de convivencia.

Este panorama se complejiza con la difusión de culturas tribales o subculturas juveniles que tienden a reforzar las distancias entre las diferentes juventudes; basta, para dar cuenta de ello, tener presente que el grupo de edad más castigado por la crisis de ocupación de la década de los 90 fue el sector que va de los diecisiete a los veinticuatro años. Alrededor del 25 % de los jóvenes de esta edad se encuentran comprendidos entre los que buscan trabajo y no lo consiguen. Trabajan en negro, son subocupados (es decir que hacen “changas”) o desocupados desalentados (ya no buscan trabajo porque han sido rechazados muchas veces, lo cual les genera

una inseguridad emotiva difícil de superar). El 19 % de los jóvenes que viven en hogares con NBI, de entre catorce y diecisiete años (en 2006, no asistían a ningún ámbito escolar ni trabajaban. Estos índices evidencian que este grupo etario es el que acumula el mayor nivel de desocupación relativa.

Paradójicamente, los procesos de exclusión, que pueden leerse contemporáneamente como desafiliación social, significan para los jóvenes la construcción de una identidad desde la marginalidad. Esto se anuda a las estigmatizaciones que reciben por sus estilos culturales. Dichos etiquetamientos suelen ser parte de una política moral reificadora de fantasmas sociales recientes e históricos que sus propias víctimas terminan construyendo como emblemas. Prácticas y discursos de peligro social se hallan reforzados por descreimientos en la participación social y política de los jóvenes, como formas de canalización de demandas y/o de “organización” del conflicto social.

Los procesos, no siempre visibles, por donde se construye la exclusión no dejan a salvo la escuela. Ésta puede convertirse, a pesar de los discursos de inclusión —como lo atestigua el filme *Caterina en Roma*—, en un espacio de exclusión social, si se hace abstracción de estas nuevas realidades. Muchos jóvenes sienten que las instituciones educativas son espacios altamente discriminatorios (pueblerinos como *Caterina*, provincianos o aquellos con diferentes particularidades o identidades).

Muchos de los símbolos que estos grupos portan aún permanecen desconocidos para las ciencias sociales y son abordados asiduamente desde una perspectiva básicamente moralizante, sin profundizar en los sentidos que los generan, ni en la capacidad semiótica de los estilos sobre los que se instituyen, ni en las resignificaciones que los jóvenes les otorgan: en las escuelas suelen cuestionarse las posturas corporales, los tatuajes, las marcas en el cuerpo, las inscripciones en la indumentaria, los aros y otros signos identificatorios de quienes los usan y les confieren valor.

Las discriminaciones y diferenciaciones que producen estas pertenencias juveniles parecen remitir a los recursos que cada grupo juvenil urbano pone en ejecución cuando produce o adapta sentidos y cuando se vincula con otros agrupamientos. Esto va conformando procesos de identificación ligados con una “institucionalización de la transgresión” que los jóvenes tienen “permiso” para disfrutar en una etapa de su adolescencia.

En este sentido vale considerar que la suspensión de responsabilidades que ha sido catalogada como una “moratoria juvenil”, supone un contacto y un nexo necesario con quienes “otorgan” tal autorización, vínculo que queda expuesto en las espectacularizaciones estéticas que acompañan los usos de la ciudad que hacen estos grupos, y en los mecanismos comunicativos, que, en ocasiones, se convierten en expresiones valorativas de la sociedad, tal como queda en evidencia en la película *Los Educadores*,



cuando los jóvenes llevan a cabo movilizaciones en contra de la comercialización de bienes fabricados con trabajo esclavo. Manifestaciones que no dejan de fragmentarse continuamente pero que, a pesar de su rápida obsolescencia, colaboran en la producción de sentidos que van dejando huellas tanto en las prácticas que realizan como en las formas en que los distintos colectivos entienden el mundo que los rodea.

Por otro lado, la rápida degradación, obsolescencia o desvalorización social de saberes laborales y asociativos —como los que se relacionan con orgullos de oficios e identidades gremiales— llevan a distintos tipos de cuestionamiento por parte de los jóvenes. Se ponen en duda determinados

Las culturas juveniles urbanas son formas que poseen los jóvenes de integrarse a grupos de pares que les brindan pertenencia e identidad frente a lo que sienten como dificultades de acceso al mundo social adulto.

saberes “parentales” por no hallarse a la altura de los cambios tecnológicos expresados por la informática, el videogame. La cultura del éxito que promueve el mercado se encuentra cada vez menos emparentada con la voluntad laboral, profesional, intelectual o solidaria. Los conflictos por la definición de los saberes legítimos (y los consumos) amparan cierta cultura de “escape”, hecho evidenciado en la recurrente decisión, por parte de muchos jóvenes, de permanecer largos lapsos de tiempo fuera de la casa para evitar los reclamos familiares, sean éstos vinculados al rendimiento escolar, a la obtención de un empleo y/o a la colaboración en ciertas tareas domésticas.

En algunas oportunidades el “escape” se pone en evidencia en el interior de la misma casa familiar: se genera un “exilio” interno en la propia habitación de los jóvenes, que buscan permanecer ajenos a los reclamos adultos. Entre los sectores populares urbanos, la presión del hogar y la frus-

tración por una oferta laboral restringida suele completar el círculo de la “profecía autocumplida”: se convierten —a los ojos de los adultos— en los “vagos de esquina”, sin que la familia pueda advertir que los “costos de entrada” al empleo requieren de una alta exposición al rechazo y, por lo tanto, a la frustración, debido a mercados laborales que poseen elevados niveles de precariedad.

La prosperidad y la crisis marcan escenarios totalmente diferentes para las generaciones jóvenes de cada etapa histórica. Así, en la primera mitad del siglo XX, los jóvenes latinoamericanos crecieron en un país donde las oportunidades de ascenso social, estrechamente ligadas al desarrollo educativo, eran una realidad, mientras que en las décadas de los sesenta, los setenta y la primera mitad de los ochenta, los jóvenes tuvieron que acostumbrarse a una sociedad en la que dichas posibilidades comenzaron a perderse rápida y persistentemente.

Juventud, cambio y velocidad

Esta situación de alta precariedad del mercado laboral de ciertos jóvenes se complementa con la creciente conflictividad que se advierte con relación a los consumos familiares. Según diferentes trabajos, se puede constatar que los niños, los adolescentes y los jóvenes han incrementado su participación específica en los gastos del hogar y acrecentado su autoridad a la hora de orientar los consumos generales de las familias. Todas las actividades relacionadas con el consumo doméstico se han visto enormemente transformadas por la complejidad de la oferta, la tecnificación de los productos y la diversificación de su comercialización.

En muchas ocasiones la variable generacional se ha convertido en una frontera decisiva al evaluar los consumos y las significaciones que asumen los jóvenes en la constitución de identificaciones y agrupamientos. También es evidente que los sectores juveniles de las distintas clases sociales se han constituido en los destinatarios más buscados de las políticas publicitarias. Esto se liga con la construcción de la identidad cultural juvenil que se expresa en la lucha simbólica por definir lo “propio” y en el enfrentamiento que se evidencia inclusive a partir del deseo de (ciertos) adultos que intentan aparecer como jóvenes. Este proceso se conoce como “juvenilización social” y viene acompañado de cirugías, posturas adolescentes, etc., lo cual priva a los jóvenes de aquello que supuestamente les corresponde.

La conformación de “imágenes de consumo”, es decir, estéticas y mundos simbólicos que representan a los productos, ha llevado no sólo a privilegiar al grupo etario juvenil sino a exigir de alguna manera la “juvenilización” del resto de la sociedad: los adultos pasan a ser jóvenes si se adaptan al mundo juvenil. Aparece como bastante disruptor el hecho de que ciertos adultos “roben” los signos más juveniles. Estas luchas por las posiciones del “ser joven” generan una competencia entre los adolescentes y los adultos, que pueden ser, inclusive, sus propios padres.

Los *punks* constituyen uno de los grupos estilísticos más numerosos entre los jóvenes de los sectores populares. Esta subcultura tiene su origen —como forma musical y estética— en Gran Bretaña, sobre todo en Liverpool, Manchester y Londres. Estas tradiciones de socialización juvenil evidencian la existencia de un campo simbólico específico en el que se constituyen valoraciones y reconocimientos de signos, músicas y todas las demás formas de capital simbólico eficientes dentro de él. Por eso es posible reconocer la existencia de un espacio juvenil relativamente autónomo, que tiene su génesis aproximadamente en la década del 60, cuando la categoría “joven” asume atributos demográficos y generacionales de diferenciación e inclusive de oposición a lo que se supone como el mundo de los adultos.

A partir de este decenio las producciones difundidas por las industrias culturales



orientadas a estos grupos etarios empiezan a ser creación específica de grupos juveniles. Esos colectivos construyen “reglas del juego” propias que sumadas conforman el campo en el que se mueven los adolescentes ávidos de acceder a vidrieras de reconocimiento social negadas por la moratoria y la dependencia económica y moral de los adultos. La visibilidad pública aparece garantizada por la indignación que producen estilos y signos cismáticos o provocadores, que en los 60 asumen expresiones hedonistas o anticonsumistas, y que posteriormente se presentan como más brutales y sombríos. Estilos que se dan inicialmente por pares dicotómicos centrales como *mods* y *rockers*; *hippies* y *stones* o *skin* y *punks*. Separaciones que en la actualidad asumen un carácter más fragmentario de tribalidades e hibridaciones diversas, coherente con los procesos de desintegración social imponentes.

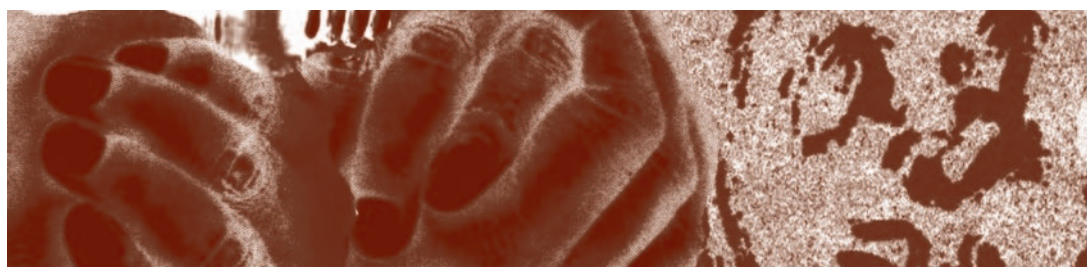
Las múltiples tribus urbanas poseen ideologías “débiles” (en el sentido de que descreen de los proyectos, de la ideología y de cosmovisiones integradas y coherentes del mundo). Disponen de percepciones del mundo que les permiten posicionarse en el presente más que en un proyecto, sentidos comunes que los hacen percibirse como guerreros urbanos amparados por pasiones

musicales y rituales.¹ La búsqueda de la publicitación y la convocatoria a la convergencia de miradas no es ajena, además, al proceso de mediatización social que suele espectacularizar con lentes de pánico moral el destino y las acciones de las futuras generaciones. Los medios no sólo dramatizan el “peligroso” destino de la juventud sino que instituyen tribus al darles reconocimiento social. Esto constituye un reflejo videogrado que los mismos adolescentes buscan para imponer la existencia social que les es negada durante la moratoria: las tribus necesitan de los periodistas y los medios para subsistir como fenómeno social.

En las últimas cinco décadas el tiempo libre se ha industrializado y los consumos culturales urbanos se han diversificado en forma creciente, lo cual ha generado profundos cambios en las formas en que se perciben e interpretan las temporalidades ligadas con su uso. Tanto las ofertas como las prácticas y las formas subjetivas de vivir los tiempos individuales y grupales han visto profundos cambios. Las tendencias internacionales han generado “maneras” más o menos legítimas de vivir los tiempos no productivos.

En el nivel familiar, por ejemplo, los cruces entre padres e hijos se han visto alterados por temporalidades cada vez más cor-

¹ El concepto de tribu urbana empezó a utilizarse en la década del 80 para hacer una analogía entre los aborígenes estudiados por los antropólogos en los siglos XVII y XIX. El concepto ha dado lugar a ciertas miradas descalificadoras acerca de lo que es ser joven en la actualidad, debido a su connotación “salvaje” y por lo tanto desvalorizadora.



tadas por variables generacionales: existen tiempos específicos para los niños, para los adolescentes y para los jóvenes. La correlación entre los géneros también ha visto mutaciones relevantes: en determinados sectores sociales —seguramente no en todos, aunque esto sólo sea un índice de cambio— es considerado aceptable que las mujeres dispongan de tiempos particulares. Esta utilización diferenciada ha configurado nuevos tipos de socialización femenina que recién en los últimos dos decenios podemos percibir con claridad.

Las configuraciones familiares relacionadas con la organización temporal también han sido atravesadas en el último lustro por la precarización laboral, que ha afectado básicamente a los hombres. Criados con la obligación de un uso sistemático y responsable de los tiempos laborales, han sufrido un golpe destabilizador al tener que adaptar los mandatos de jefe de familia a la posibilidad de que las mujeres contribuyan más decisivamente en el mantenimiento del hogar. En este marco, el ocio, juntamente con los “tiempos muertos” del desempleo o el subempleo, ha generado una serie de ambigüedades y angustias de organización cotidiana que han tenido como víctima a todo el núcleo familiar y especialmente a los hijos. La desocupación del padre de la protagonista de *Caterina en Roma* genera la desestructuración en las relaciones afectivas.

Sin embargo, se trata constantemente de “aprovechar el tiempo”, de dotar a la vitali-

dad de un “aprovechamiento”, de una utilidad marcada por la medida exacta del cronómetro. Lo que el taylorismo laboral supuso en el siglo XIX como patrón taxonómico de regulación corporal, el tiempo libre actual lo asume como tendencia, como efectividad, como buen uso. Las reglas de intercambio mercantiles, el mercado, se expresan así como ritual de uso temporal: superexplotación de las temporalidades íntimas (inclusive en el nivel de las prácticas sexuales), carrera por un futuro regular y constante, y subjetividades corridas por la velocidad de una economía vital ortopedizada.

¿Qué supone esta hegemonía temporal, este superyó incuestionado? ¿Cómo se procesan o se decodifican sus mandatos? ¿Cómo sus palabras se hacen carne en la vida cotidiana? Iniciar los ensayos de una respuesta supone comprender la capacidad reguladora de una política (o una anatómopolítica, al decir de Foucault) de la regulación, un autocontrol interiorizado que impide disfrutar —inclusive aunque sea presente continuo de la noche sin futuro—, abandonarse en la temporalidad construida desde las necesidades particulares. Autocontrol que muchas veces es la expresión vulgar de un equilibrio mundano carente —para los jóvenes— de intensidad, tal como queda expresado en el diálogo entre el protagonista de *Despabilate amor* y la compañera de la juventud.

Supone comprender los efectos de limitación a la creatividad, porque su timing no

es mensurable, no es el resultado de una previsión temporal (aunque se le pueda obviamente dedicar “horas”). A diferencia de las rutinizaciones postuladas como único orden, la creatividad reclama (busca) lo que no se tiene, lo que parte de lo creado para ser otra cosa, lo que no se sabe (y por lo tanto no se sabe “cuándo” se encontrará o siquiera si se encontrará). Y eso exige el juego —no importa si sistemático o aleatorio, no importa si obsesivo o indiferente— de la imprevisibilidad, de lo que todavía no existe.

Por el contrario, las inversiones temporales utilitarias (“El tiempo es oro”) son anunciadoras cerradas: necesitan el fin como principio, como corte, como mensurabilidad de inversión. Reclaman la planificación y su estabilización en una jerarquía donde no hay lugar para la reflexividad o el cuestionamiento de las condiciones de posibilidad de toda objetivación (artística, científica o emotiva); lo lúdico, la economía emocional y la creatividad comparten un rasgo común enfrentado a las temporalidades pragmáticas dominantes: la ausencia de fin como precondition, la ausencia de cronograma. ¿Significa acaso que todas las subjetividades están atravesadas por las mismas variables de economía temporal o su equivalencia —postulada como rechazo— de presente continuo? No. Las subjetividades poseen capitales diferenciados que pueden —o no— resistir, enfrentar, procesar o someterse a las reglas del juego temporal.

Los condicionamientos sociales nunca asumen el valor de la determinación. Las socializaciones dominantes siempre ofrecen flancos de objetivación y reinterpretación. Pero esta potencialidad no dice nada acerca de su existencia como factor de producción de prácticas y conductas. No dice nada acerca de su existencia como pauta, mito o ritual. Habla simplemente de lo instituido y de los intersticios. Mientras que la lógica de los ritmos temporales reclama un uso estabilizado; su renuncia supone costos, diferenciaciones e inclusive (auto)exclusiones.

Paul Virilio comenta en varios de sus ensayos que la aceleración y la velocidad son las características epocales más significativas de nuestra modernidad. La aceleración es el resultado de la obsolescencia creciente de los momentos: existe una inflación de la temporalidad y su velocidad multiplica las representaciones simbólicas de la realidad hasta “perder el origen” del que provienen. Aunque la cosmovisión viriliana equivoque el lugar del origen, lo cierto es que la simbolización creciente del mundo y la multiplicación de las “realidades” que conlleva, permiten agregar una explicación más a la temporalidad “perenne”. El tiempo libre y el ocio (que no son lo mismo, como explicitaremos más adelante) son atravesados por la misma lógica de aceleración que sugiere a los padres pensar “actividades” que permitan aprovechar los tiempos muertos de sus hijos. El “no hay tiempo que perder” no se orienta a la emo-

tividad —o a la vitalidad, al decir de Bergson—, sino a la utilidad vertical, al aquí y ahora de la productividad visible y constatable. En la película *Los Edukadores* se expresa claramente esto cuando se hace referencia a la utilización del tiempo por parte del empresario secuestrado.

Norbert Elías fue uno de los primeros investigadores que han puesto el énfasis en diferenciar el tiempo libre de otras dimensiones de la vida social, superando su conceptualización como apéndice, resultado o consecuencia del trabajo. Elías se encargó de dotar al estudio del ocio y el tiempo libre de un estatus propio, de un abordaje autónomo desprovisto de la concepción que explica todo tiempo “no productivo” como una consecuencia directa e inequívoca de las lógicas existentes en otras temporalidades. Abordar las temporalidades no productivas implica sugerir que el tiempo libre también es “productor” de relaciones sociales y subjetividades distintivas.

Tiempo libre no es lo mismo que ocio. El tiempo libre define a aquellas prácticas que se desarrollan rutinariamente, en el marco de condiciones y regularidades preestipuladas. El cuidado del propio cuerpo (bañarse, comer, reposar), la participación en reuniones familiares, la atención de mascotas o el sentarse frente a la televisión implican un nivel de reiteración, previsión y regularidad ajeno a la creatividad o aleatoriedad que caracteriza al ocio. Éste, por el contrario, describe el grupo de actividades que son percibidas, por los mismos actores,

como desrutinizadoras y que implican una “inversión emotiva” de mayor intensidad que las usuales, como por ejemplo la práctica amateur de deportes, la concurrencia a espectáculos, los paseos o las salidas nocturnas no preconcertadas. El ocio supone una serie de actividades informales caracterizadas por encuentros no previstos.



Otro de los fenómenos recientes consiste en la creciente cercanía y yuxtaposición entre los tiempos dedicados al trabajo (los tiempos regulados / productivos) y aquellos que históricamente merecían una dedicación autónoma: el tiempo libre y el ocio. Si el trabajo remitía a una esfera más o menos pública, su contracara, las temporalidades liberadas de las obligaciones, reenvía su problematización a la interrogación de lo privado. Mientras estas fronteras se hibridan crecientemente, los sujetos aparecen atravesados por la ambigüedad de su tránsito. El trabajo invade crecientemente la privacidad y la intimidad se hace transparente detrás de una publicitación especular.

La vida privada de los “famosos” se expone como voyeurismo, y la modelización corporal correlativa demanda cada vez más cuidados –y tiempos– y gastos estéticos: las inversiones en las presentaciones mundanas se hacen cada vez más importantes en el ocio público. Los capitales corporales son evaluados milimétricamente con una serie de parámetros cada vez más exigentes y jerarquizados. Las huellas de las pertenencias sociales y simbólicas se hacen cada vez más sutiles e iniciáticas: la producción corporal en el tiempo libre funda así una nueva serie de exigencias estandarizadas y medibles.

En el seno de las redes familiares las demandas se ven cruzadas por un productivismo eficaz que exige a los hijos constantes esfuerzos de formación/preparación/socialización para un futuro en el que el tiempo asume las veces de un horizonte darwiniano apto para los más capaces y exitosos. La computadora ocupa el lugar –aunque sea utilizada únicamente para juegos reiterativos– de los saberes necesarios y los tiempos libres bien utilizados. La publicitada superexplotación solemne de las temporalidades infantiles se postula como ortopedia básica de control emotivo. Se trata de forjar *handicaps* en una guerra por saberes tecnológicos que pueden conseguirse a mayor velocidad.

El tiempo asume la forma de la inversión más primordial, y el ocio contemplati-

vo, relacional, emotivo, deja paso a nuevas formas de tiempo libre productoras de jerarquizaciones y exclusiones. Su otra cara, un presente continuo donde lo importante –como rechazo juvenil– asume un transcurrir sin esperanza, se postula como una alternativa de indiferencia frente a la demanda acumulativa e instrumental.

“Yirar”, vagar, “salir a pescar” o “trillar” son algunos de los vocablos que se utilizan como sinónimos de salir. Escapar de la rutina es el mandato. Buscar refugios donde ni los padres ni los patrones tengan la mirada atenta. La noche, y especialmente el fin de semana, supone una celebración hedónica, marcada por el erotismo y el desenfreno. Implica romper con las exigencias escolarizadas, pautadas y condicionadas, estipuladas por fuera de la libido juvenil. Sugiere una creencia en la libertad de tránsito, de ampliación del horizonte. Una vinculación de la noche con la batalla por la conquista de la mirada del otro. Una posibilidad cierta de ampliar los marcos del grupo de pares. Un momento para comulgar con la “comunidad de amigos” e interactuar con individuos que poseen “ondas” parecidas. Sugiere, además, el acceso a lo que los jóvenes sienten como una forma emocional de templo moderno: la música escuchada colectivamente en el retumbar de cuatro paredes.

La noche joven

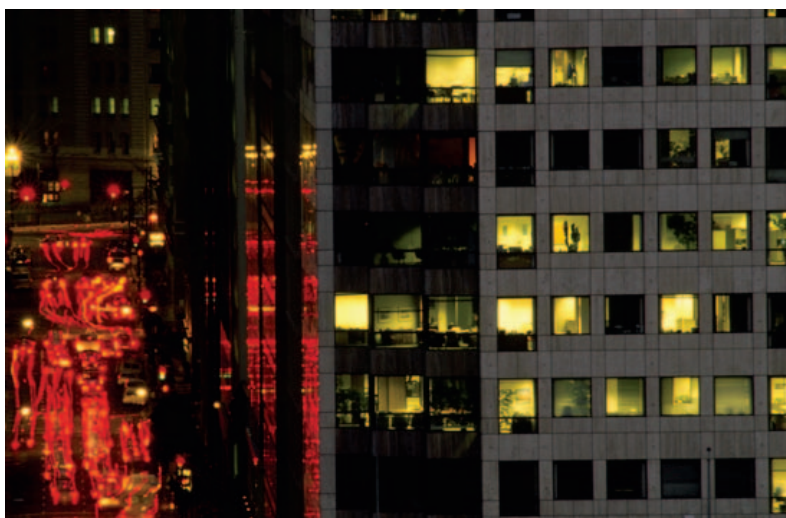
En las grandes ciudades se percibe la nocturnidad como un territorio exento de coacciones y mandatos, opuesto al tiempo diurno, que se considera más reglado y medido. Se asocia con una ausencia de regulaciones. No están los encargados de recordar e imponer las pautas que regulan las prácticas cotidianas, lo que hace que sea vivida como un lapso carente de compromiso, por estar desvinculada de lo laboral y lo familiar. La noche es percibida como lo no utilitario, como el tiempo del desenfreno. Pero esta percepción que afirma la ausencia de regulaciones, deja entrever simultáneamente una de las claves de la temporalidad nocturna: la presencia de fuertes regulaciones simbólicas que se tienden a obviar en nombre de una ilusión anómica.

Una de las características de esta expansión de la nocturnidad es la apropiación de los territorios de la noche por parte de distintos grupos que despliegan códigos muchas veces ocultos durante el día. Tribus que comparten, intercambian y oponen sus lenguajes en el escenario de la noche, alumbradas por las luces intermitentes y rítmicas de los locales bailables o por las metálicas lámparas de neón de las calles, los espacios públicos, las plazas o las veredas. Para muchos de estos grupos las conductas, las presentaciones en público y los modismos lingüísticos son los parámetros iniciales a la hora de identificar y diferenciar los gustos que los definen. Para otros, la información que se posee sobre músicas, lugares o loca-

les “de onda” es sustancial, tal cual queda en evidencia en la película *Caterina en Roma*, cuando uno de los grupos –las “consumidoras”, enfrentadas a las “politizadas”– hace referencia a lugares de moda en la ciudad de Roma.

La noche se presenta también como uno de los “lugares” más adecuados para oponerse (sin oponerse) a esta manifestación instrumental. Es la cotidianeidad sin fin. El presente perpetuo. La ausencia de esperanza. Frente a tanta planificación que “estandariza”, muchos jóvenes asumen una resistencia que no deja de ser funcional al productivismo temporal. No fundan otras temporalidades, las inmovilizan.

La noche ha sido apropiada por los jóvenes. Es la expresión temporal de una supuesta ausencia de controles.



Aunque las grandes ciudades argentinas se han caracterizado por poseer una larga tradición de vida nocturna, en los últimos años este hábito se expandió y generalizó,

motivado, por un lado, por la multiplicación de las ofertas, y por otro, por la demanda de quienes desde la más temprana adolescencia consideran las noches del fin de semana como momentos en los cuales pueden agruparse libremente y relacionarse con mayor intimidad sin sentir la mirada fiscalizadora de los adultos, sean éstos los padres o los patrones. Este tipo de salidas ha motivado cambios urbanos en la fisonomía de la ciudad, que potencian el principio que hacía de las salidas nocturnas y de las zonas de la ciudad a las que se concurría un parámetro válido para juzgar el prestigio y el ascenso social. Más aún, los locales bailables y los ritmos musicales que allí se escuchan son el principio inicial de medición del gusto vulgar o distinguido.

La primera de las imposiciones es salir, no quedarse (“Si te quedás en tu casa estás *out*”). Otras están ligadas a restricciones que exigen una trayectoria social específica y una preparación cuidadosa. Existen, entre otras normativas, un horario preestipulado para iniciados, condenas para aquellos que son solitarios o ironías para quienes se acercan al lugar equivocado. Quienes concurren a las discos *top* suelen construir sus reglas de inclusión/exclusión sobre la base de identificaciones que no son puramente económicas, por ser éstas de alguna manera “fáciles” de obtener. Se trata de evidenciar la posesión de un capital social (formas de hablar, de dirigirse a los otros, de trasuntar una pertenencia “natural”, de elegancia mundana), de la adscripción a un estilo o

gusto y a capitales culturales específicos como conocimientos o titulaciones.

Estos capitales son transmitidos y presentados, sobre todo por los concurrentes habituales a las discos consideradas de “alto nivel”, como “innatos” o inalcanzables (por incapacidad de origen) para aquellos que no los poseen. De esta manera los códigos mundanos en general y los nocturnos en particular –las formas, el trato– aparecen como los atributos únicos que se requieren para ser parte de un colectivo determinado, lo cual oculta y excluye el carácter (también) económico que toda práctica de este tipo implica. Esta búsqueda por disimular el carácter económico de las diferenciaciones sociales pretende legitimar los gustos sobre la base de una distinción naturalizada y por lo tanto impenetrable para el vulgo: el “grasa” puede llegar a tener dinero, pero nunca buen gusto. Constantemente se trata de disimular el trasfondo económico de las prácticas.

El prestigio social se busca y se expone, entre otras formas, a través de la asistencia a determinado bar de moda o boliche de renombre. Poder atravesar la puerta (sortear la frontera que divide, clasifica e instituye) supone la adquisición de un reconocimiento social que es una ganancia simbólica, un crédito que autoriza a formar parte de un colectivo, que erradica una gran parte de la sospecha y de las miradas de desconfianza. La existencia de estas “puertas” clasificatorias tranquiliza a quienes saben que son zonas aptas para el esta-

blecimiento de estrategias de contacto afectivo o búsqueda emotiva, y que por lo tanto concurren a locales en los que se garantiza la presencia de los iguales.

Tanto la inversión temporal productiva de un ahorro obsesivo para el futuro como las imágenes repetidas de un *videoclip* armado para los flashes o las luces estroboscópicas de la noche ponen de manifiesto ritmos no autónomos, carreras o quietismos flagelantes, enajenaciones de impostura y subjetividades condicionados por algo que se decide siempre desde afuera. La postulación de tiempos propios y plurales remite a repensar construcciones cotidianas alejadas tanto del racionalismo instrumental como del presente eterno característico de los modos hegemónicos del ser adolescente actual. ¿Es posible construir esos otros ocios, lejos tanto del productivismo mecánico como de la era del vacío?

Se puede considerar la identidad como un proceso cultural que se ubica en la confluencia de distintos factores: la experiencia vital, y la inserción en una tradición determinada y en relaciones sociales concretas. Todos ellos delimitados por un espacio territorial específico: por un tiempo hecho lugar. En este sentido, la dimensión espacial es uno de los factores más significativos en la conformación de los atributos y las referencias de sentido de todo grupo. El territorio, de esta manera, es el ámbito que contribuye a organizar un universo de significaciones compartidas que modelan un “mundo de la vida” en común. Una super-

ficie donde se intercambian códigos, valores, sobrentendidos que tejen la red simbólica que es el telón de fondo de toda interacción social. Una interacción que tiene —como se ejemplifica en el corto de *Mala época*— un trasfondo de diferenciación social y (en muchas oportunidades) exclusiones simbólicas.

En los últimos años asistimos a un cambio en las formas en que los habitantes —y sobre todo los jóvenes— de las ciudades se relacionan con ellas. Esta metamorfosis está directamente vinculada con las percepciones, vivencias y hábitos con que se “ocupa” y se transita el espacio público. Para la comprensión de dichos cambios es imprescindible redefinir un mapa cognoscitivo que permita visualizar las distintas formas en que se articulan las matrices culturales y los espacios (el barrio, la vivienda, los centros de consumo, etc.), y cómo éstos son influidos por los originales modos de percibir la ciudad.

El ocio de la noche juvenil

La diversión nocturna se ha estandarizado y aparece como un derecho ganado por los adolescentes, lo cual da lugar al desarrollo de una industria de la diversión nocturna que hizo rutinarios los usos y consumos. Dicha mercantilización impuso géneros, músicas y locales específicos para que cada grupo se identifique. Existen locales para los cultores del rock pesado, ámbitos para las bandas *under*, bares de *punks*, boliches de *tecno*, de rock, de marcha, etc. La indus-



trialización del ocio fue eliminando cada vez más la creación individual, la posibilidad del contacto con el diferente.

A pesar de que la temporalidad sobre la que está montado el ocio supondría una negación del tiempo disciplinado, la noche no parece ser vivida con la displicencia que esa máxima aconseja. De alguna manera, los productos de diversión fabricados para gustar consolidan una percepción del tiempo que no parece ser diametralmente opuesta, ni peligrosa ni “disfuncional” a la noción dominante del tiempo. La noche tiene sus apuros, sus ansiedades y sus afanes, medidos por un reloj, sus llegadas temprano y sus llegadas tarde.

Las salidas nocturnas son vividas con una gran excitación por muchos integrantes de la población juvenil, quienes planifican con esmerada dedicación sus entretenimientos, encuentros, salidas y diversiones. Esta “inversión emotiva” hace que distintos grupos, y especialmente aquellos que son considerados jóvenes, tengan la exigencia (y el permiso) de salir a exhibirse; de formar parte de un escenario específico en el que sean tenidos en cuenta, mirados, admirados; en síntesis, valorizados.

En dichas salidas nocturnas –y en toda la gama de actividades que caracterizamos como ocio– se intenta maximizar (legitimar, conseguir, mejorar), no siempre en forma consciente, los beneficios del lugar que se ocupa en la sociedad, exponiendo valores mundanos (gustos, estilos, el tener clase) y señales de fortaleza social que con-

cedan una acumulación de juicios positivos por parte de los otros.

Los formatos de diversión nocturna se han fragmentado y se han diversificado las formas de acreditación simbólica y de reconocimiento (de “prestigio nocturno”), a través de la puesta en funcionamiento de múltiples artilugios –muchas veces fabricados en y para la noche, y otras tantas “importados” de la temporalidad diurna–, como la indumentaria, la palabra (su pronunciación, acento y modismos), las posturas corporales y/o la posesión de determinados conocimientos.

Las salidas nocturnas se convirtieron en una actividad para competentes, preparados o iniciados. Para gente que puede decodificar señales, entender lenguajes o reconocer ritmos y locales bailables. Parecen ser, también, un ritual compulsivo regido por un mandato cultural que los medios de comunicación se encargan de potenciar y reforzar al sugerir su trascendental importancia y su carácter imprescindible en la constitución de toda afectividad, amistad o sociabilidad.

Los medios sugieren la ropa que se debe usar de noche y extraen sus estéticas de las utilidades e indumentarias de los sectores dominantes. Escenifican en las videoimágenes, y en la gráfica del “*jet set* de la alegría”, las fiestas nocturnas de las elites. Retratan y reproducen los lugares bailables considerados “de onda”, a la vez que aconsejan cuál es la ropa elegante y las formas de comportamiento para brillar en un mundo

que se muestra como perfecto. Un mundo cuyas particularidades son el entusiasmo, el desborde, la alegría: el encanto de la seducción y del éxito mundano.

En las revistas “de actualidad”, “del corazón” o de “interés general” se reproducen insistentemente las imágenes de las noches brillantes de la alta sociedad y de la farándula política y/o televisiva. La vida social se espectaculariza, al igual que las luces de los salones de las fiestas privadas y los boliches. La “actualidad” de estas revistas es en gran parte la novedad de la noche. Un “presente puro” donde se consolidan formas muchas veces preexistentes de segregación cultural, pero que asumen nuevas y originales expresiones. Formas que están destinadas no solamente a ser comunicadas en el marco de rituales específicos, sino que tienden fundamentalmente a aumentar y multiplicar las fronteras y las distinciones sociales.

La noche no resulta ajena para las tribus urbanas. Ellas podrían constituir una cristalización de tensiones, encrucijadas y ansiedades que atraviesan a la juventud contemporánea. Son la expresión de una crisis de sentido a la cual nos arroja la modernidad, pero también constituyen la manifestación de una disidencia cultural o una “resistencia” ante una sociedad desencantada por la globalización del proceso de racionalización, la masificación y la inercia que caracteriza la vida en las ciudades, donde todo parece correr en función del éxito personal y el consumismo.

Frente a este proceso, las tribus urbanas representan la instancia para intensificar la experiencia biográfica y la afectividad colectiva, el contacto humano y sobre todo la alternativa de construir identidad y potenciar una imagen social. Constituyen una posibilidad de recrear una nueva “sociabilidad”, de reeditar un nuevo orden simbólico a partir del tejido social cotidiano. Pero sobre este punto los medios también juegan un rol protagónico, ya que, paradójicamente, establecen una especie de alianza tácita con las tribus, una asociación que no deja de ser contradictoria: aunque las demonizan, simultáneamente fortalecen su desarrollo.

En otras palabras, las tribus son “el resultado de innumerables tensiones, contradicciones y ansiedades que embargan a la juventud contemporánea”, y por ello se visualizan como “una respuesta social y simbólica frente a la excesiva racionalidad de la vida actual, al aislamiento individualista a que nos someten las grandes ciudades, y a la frialdad de una sociedad extremadamente competitiva. Adolescentes y jóvenes suelen ver en las tribus la posibilidad de encontrar una nueva vía de expresión, un modo de alejarse de la normalidad que no los satisface y, ante todo, la ocasión de intensificar sus vivencias personales y encontrar un núcleo gratificante de afectividad. Se trata, desde muchos puntos de vista, de una especie de cobijo emotivo por oposición a la intemperie urbana contem-

poránea, que paradójicamente les lleva a la calle” (Costa, Pérez y Tropea, 1996).

¿Cuáles son las metas y aspiraciones que pueden plantearse en estas circunstancias?, se pregunta la CEPAL. “Se da aquí otra paradoja porque las condiciones de exclusión social que afectan particularmente a las juventudes populares urbanas, se acompañan de un nivel de exposición inédito a propuestas masivas de consumo, y de una centralidad igualmente inédita de la cultura juvenil en la sociedad. Todo ello define una situación de anomia estructural, en la cual los jóvenes tienen una relativamente alta participación simbólica en la sociedad que modela sus aspiraciones, y una participación material que no permite la satisfacción de esas aspiraciones por cauces legítimos.”

“La combinación de todos estos elementos –agrega el organismo– contribuye a la formación de subculturas marginales, de pandillas y barras que tienen códigos propios, subculturas que suelen incorporar y consolidar en el tiempo los hábitos y comportamientos que surgen como correlatos socialmente disruptivos de las situaciones de marginalidad y exclusión social. La cristalización de las subculturas marginales no sólo impide que los jóvenes aporten al funcionamiento de la sociedad, sino que erosionan la trama social y las normas de convivencia, y en última instancia, motorizan un circuito vicioso de refuerzo de la segregación y la segmentación.”

En definitiva, nos encontramos frente a una explicación bastante razonable y transparente de uno de los problemas actuales más preocupantes: la creciente violencia, en la que –tanto en calidad de víctimas como de victimarios– los jóvenes son, lamentablemente, claros protagonistas.

Aunque inseguridad pública, exclusión juvenil y hueco normativo son tres elementos estrechamente vinculados en términos de explicación racional, no figuran en un lugar de privilegio en el momento de diseñar respuestas pertinentes y oportunas desde las políticas públicas, por lo que habrá que insistir en esto en el futuro.



Formas de las identidades juveniles. La música y las tribus

La adolescencia es una etapa de la vida en la que se experimentan cambios permanentes, abruptos, rápidos e impensados. Los chicos empiezan a dejar atrás la seguridad integral que les daba la contención familiar, e intentan abrir su propio camino.

Un fenómeno extendido en las grandes ciudades de todo el mundo es la aparición de diferentes grupos juveniles identificados con modismos culturales ligados –en muchos casos– a los distintos géneros de la música rock. Entre estos grupos, en la Argentina, se destacan tres colectivos conocidos como *skinheads*, *punks* y *hardcore*. Algunos de estos grupos han sido investigados en distintos países, por la relevancia que asumen en la socialización de los adolescentes y los jóvenes, por la propagación de los códigos, estéticas y lenguajes que exhiben y, en ciertas ocasiones, por las formas e intensidad de violencia que promueven.

Estos grupos –integrados básicamente por jóvenes y adolescentes– son identificados genérica y popularmente como “tribus urbanas”.

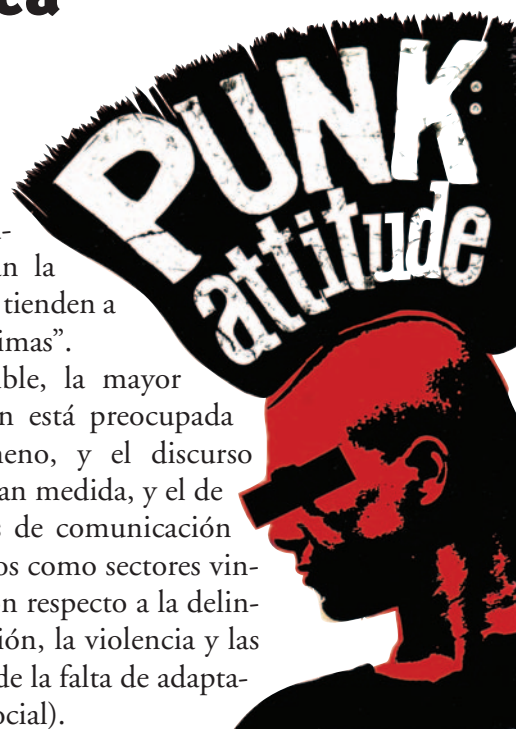
¿Cuál es la relación, si es que existe alguna, entre adolescencia y tribus urbanas? El fenómeno de estas tribus generó un progresivo revuelo en esta última década en América Latina y, muy especialmente, tras el regreso de la democracia en la Argentina, en 1983. Las “pandillas” están integradas por jóvenes que “en su gran mayoría son menores de dieciocho años, muchos de ellos de procedencia marginal o de clase

socioeconómica baja, con escasa o nula educación, que fomentan la violencia y el delito, y tienden a causar daño a sus víctimas”.

Como era previsible, la mayor parte de la población está preocupada frente a este fenómeno, y el discurso gubernamental, en gran medida, y el de los policías y medios de comunicación tienden a identificarlos como sectores vinculados o cercanos con respecto a la delincuencia, la drogadicción, la violencia y las bandas juveniles (eje de la falta de adaptación y la desviación social).

Sin embargo, “la emergencia y proliferación de las tribus urbanas se dejan comprender mucho más eficazmente cuando las consideramos como la expresión de nuevas prácticas sociales y culturales, que de un modo u otro están dando cuenta de una época vertiginosa y en constante proceso de mutación cultural y recambio de sus imaginarios simbólicos. Proceso que incluso comienza a minar las categorías con las cuales cuentan las ciencias sociales para abordar la complejidad social, y particularmente en el caso de las nociones ligadas a la juventud la realidad parece desbordar más rápidamente los conceptos con los que se trabaja. Por lo cual se hace necesario y urgente generar una aproximación reflexiva encaminada a superar dichos desajustes”.

La sensibilidad juvenil de esta última década comienza a poner en práctica toda una ritualidad distintiva, que va marcando



y protegiendo el espacio de su vida cotidiana. Juntamente con ello se va produciendo una resignificación del hábitat urbano donde se desenvuelve esta sensibilidad. Las señas de reconocimiento permiten identificarse —entre otros— como *hippie*, *punk*, *tecno* o *under*. Y esto influye inclusive sobre los grupos juveniles rurales y semiurbanos, que se sienten atraídos, disminuidos o interpelados por estas formas particulares de relacionarse identitariamente con los adultos.

¿Cómo intentan estos sectores resolver los conflictos? ¿Lo pueden hacer de manera pacífica y colaboradora? ¿Lo hacen ejerciendo sus propios derechos, promoviendo el desarrollo de vínculos con familiares y amigos?

Lo real es que cuando tienen una disputa creen que sólo están discutiendo por un determinado motivo, sin darse cuenta de que ese conflicto está atravesado inevitablemente por otras cuestiones que no siempre se perciben fácilmente, como variables políticas, sociales, económicas o religiosas.

Eso es lo que se muestra con insistencia en la película *Los Edukadores*, en la cual existen temas, situaciones e indicadores que expresan disconformidad, señales de que algo no está funcionando bien. Los protagonistas buscan resolverlo poniendo en juego sus propios ideales, con dispar suerte.

No obstante, es importante señalar que, frente a un conflicto, en lugar de evitarlo o caer en la desesperanza, se debería hacer un análisis de los factores que intervienen en él y que lo provocan, de forma tal de hacer una pequeña/gran contribución al cambio y a la convivencia.

Un estudio de UNICEF del año 2002, en el cual se comparan las actitudes de los jóvenes de Buenos Aires, Santiago de Chile y Montevideo frente a determinados temas, arrojó algunos resultados sorprendentes.

La música es uno de los temas tratados más frecuentemente entre los jóvenes. De una muestra de 800 casos, surgió que el 89 % en Santiago, el 88 % en Montevideo y el 81 % en Buenos Aires conversan sobre canciones, cantantes y grupos musicales.



Como contrapartida, ese mismo relevamiento muestra que sólo el 19 % de los adolescentes en Chile, el 18 % en Uruguay y el 14 % en la Argentina expresan interés por los temas relacionados con la política.

Música

Una de las formas de identidad grupal más importantes entre los jóvenes de hoy tiene que ver con la música que escuchan. La música no es un mero gusto o pasatiempo, algo que puede estar o no en la vida de los jóvenes, sino que es mucho más: por eso tanta pasión, amor y enfrentamientos entre quienes escuchan o hacen uno u otro tipo de música.

La música es mucho más que ritmo: tiene que ver con una postura frente al mundo, con maneras de ver, sentir, experimentar, pensar la vida. Dice Reguillo: “Diluida la capacidad de convocatoria de

las instituciones políticas, los partidos principalmente, la música operaría como lugar de alta condensación de sentidos políticos, en tanto ‘modelos de representación’ y ‘modelos para’ [la acción].

La música tiene centralidad en las experiencias vitales juveniles. Los jóvenes encuentran y también construyen un lugar plagado de sentidos, afectos, códigos, reglas. El territorio de la música ofrece un orden: inclusiones, exclusiones, solidaridades, formas de pertenecer, amigos, enemigos. Brinda nombres y maneras de decir el mundo. Es un terreno que favorece la grupalidad: la identificación con algunos y la diferenciación respecto de otros. Por esto se erige como un espacio fundamental en la constitución del yo. Un yo individual y a la vez colectivo, pues la música genera experiencias de alto grado de comunión.



Actividades

1. Buscar fotos, recortes de diarios o revistas, ropas, elementos de la indumentaria, u otros, noticias obtenidas a través de diversas fuentes de las tribus urbanas.
2. Realizar una descripción de los elementos culturales de varias de estas tribus urbanas.
3. Mencionar con cuáles compartimos rasgos comunes.
4. Reflexionar sobre si las diferencias observadas entre estas tribus urbanas pueden llevar a conflictos entre los jóvenes y por qué esto puede ser así.

El consumo material y cultural es un espacio en el cual se definen muchas cosas en las sociedades actuales. Dicen los integrantes de Yerba Brava: “La cumbia villera es un producto. Es para vender más que nada”; “nosotros les servimos como producto”. Alrededor de ese “producto” giran mucho dinero, intereses, experiencias, trayectorias vitales, amores y odios.

Siguiendo el mismo criterio, Britney Spears, Ricky Martin o Bandana también son productos. Detrás de estos ídolos del pop o de la música latina, su imagen, sus romances, sus canciones, sus coreografías, sus campañas publicitarias, hay exhaustivos estudios de mercado y cientos de personas dedicadas a pensar cómo incrementar las ganancias; prevalecen los criterios comerciales muy por encima de los estrictamente artísticos. Estos productos musicales también son conocidos como “música comercial” o del “circuito comercial”: se difunden por la radio y los canales de música, están por semanas en los primeros puestos del ránking y llegan a convertirse en hits de la temporada.

La cumbia villera es escuchada tanto por las clases altas –en fiestas en las que derrochan champán, como dice el cantante de Yerba Brava– como por las clases populares en las bailantas. ¿Siempre la cumbia funciona como producto para ser consumido o en algún momento y para algunos oyentes deja de serlo? En ambos casos los espectadores pagan por el espectáculo, en ambos casos las discográficas hacen negocio, en ambos casos hay apropiación y uso del producto, aun cuando los públicos sean muy diferentes, aun cuando unos se sientan identificados con las letras y otros tal vez se burlen de ellas.

En una sociedad atravesada por una terriblemente desigual distribución de la riqueza, el mercado es lo suficientemente diversificado y fragmentado como para hacer, a su manera, lugar para todos. Aun cuando los circuitos de consumo entre los diferentes estratos sociales prácticamente no se crucen, a la hora de pagar, al parecer, estamos todos incluidos.

Nos hemos acostumbrado a asociar el consumo con lo ostentoso, con cierta voluntad de despilfarro, o con la devoción por las marcas. También lo relacionamos con cierto estado de ceguera, durante el cual “la gente” se comportaría de manera autónoma e irracional. El ícono del consumo hoy día es el shopping, lugar hecho a la medida de los consumidores ávidos por derrochar dinero. Pero no sólo las clases con alto poder adquisitivo consumen.



Actividades

1. Seleccionar temas y conjuntos musicales característicos de cada tribu urbana. Escucharlos con atención y sin hacer juicios previos.
2. Elegir dos temas que se prefieran, característicos de dos tribus urbanas, y compararlos: ¿qué similitudes se encuentran? ¿Qué diferencias?
3. Para finalizar, leer atentamente las letras de las canciones que se transcriben a continuación.

Prejuicios (Árbol)

Yo no soy quién para hablar mal de nadie pero...

Oswaldo era un irrespetuoso, un tremendo hijo de puta, un ignorante, mentiroso, un avaro y malcriado, un jodido hincha pelotas, un estúpido, un tarado, un sorete mal cagado, drogadicto y maricón.

Oswaldo era un inoportuno tan feo como la mierda, medio gil, medio boludo, inconstante e insolente, un corrupto malicioso, una bosta indecente, un creído fastidioso, un deficiente mental.

Oswaldo era un vago perezoso, un injerto intolerable, un abusador, un flojo, imperfecto en todos lados, un ser tan desagradable, insoportable, tacaño, pasa a ser imperdonable, altanero estafador.

Menos mal que no lo conocí.
Agradezco nunca haberlo visto, ni haberme cruzado con él, ni haber oído hablar de él, ni de su forma de ser.

Yo sólo sé que... Oswaldo era un arrogante sucio, un inmoral incurable, indecoroso, indeseable, para nada razonable, un inexpresivo infame, irresponsable, indignante, indisciplinado, inepto, indiscreto, incumplidor. Y qué pasa si somos así y capaz que no nos damos cuenta.
No permitas que hablen mal de mí.
Aunque todos diferentes sean sangramos igual.

Oswaldo,
Oswaldo...

Fiestera (Yerba Brava)

Eh Laurita, te cabe la pochota eh?

Yerba brava, juguete.

Mirala, ahí la tenés, la que en el cole se saca diez.
La que en su casa hace buena letra
ahí la tenés, se está escabiando un tetra.

Mirala, ahí la tenés, la que en el cole se saca diez.
La que en su casa hace buena letra
ahí la tenés, prendida a la bragueta.

Estribillo
Porque vos te hacés la santa y en el baile la ficha te salta.
Porque vos te hacés la santa y en el baile la ficha te salta.

Y te griiitaaan

fiestera, grupera, borracha y falopera,
fiestera, grupera, borracha y repetera
fiestera, grupera, borracha y falopera,
fiestera, grupera, borracha y repetera.

Expresar opinión con respecto al significado de estos temas musicales, intentando hacer comparaciones con la juventud en general y el consumo de determinados productos. Poner en común las conclusiones obtenidas.

Tribus urbanas

YE-YÉS: caracterizados con vestidos princesa o imperio con escotes redondos o *bateau* (barco) y mangas cortas. Chicas y señoras cambian sus vestidos juveniles por infantiles con trajes sencillos y melenas lisas y cortas, zapatos de medio tacón y maquillaje suave y discreto.

Los trajes de chaqueta son muy cortos y entallados, excepto en la falda que se va separando en su caída de las piernas. Los bolsos, siguiendo la línea de los sombreros, son de tipo campesino, enormes y de paja, adornados con flores o lazos. Poco a poco la falda se va acortando hasta que permite ver la rodilla.

ROCKERS: nacen en Estados Unidos en los años 50 y tienen por ídolo al cantante Elvis Presley, del cual imitan su estilo y modo de vida. Les encantan las motos de gran cilindrada y estilo clásico. Sus bebidas preferidas son la cerveza y el *bourbon*. Llevan un enorme tupé y patillas. Y lo más característico de su ropa son las botas de punta afilada. Ellas visten faldas de vuelo



muy ajustadas en la cintura y zapatos de taco fino.

SKINHEADS: se esconden tras un uniforme que los diferencia de otras tribus urbanas. Su principal cometido es golpear y atacar a inmigrantes y marginados. Se escudan en una ideología política llamada nacionalsocialismo, que fue acuñada por Adolf Hitler. Se visten con pantalones metidos dentro de sus botas militares, con cordones blancos; esos pantalones se sujetan con tirantes de diferentes colores (a menudo los colores de la bandera de su país). Usan cazadoras tipo *bomber* con las insignias propias de su ideología y, a menudo, pañuelos anudados al cuello.



SHARP (SKINHEADS AGAINST RACIAL PREJUDICE): tienen una apariencia similar a la de los *skinheads*, pero se diferencian en que sus botas militares son granates o negras con cordones rojos o negros, cazadoras tipo *bomber* de color granate, la cabeza rapada y otros símbolos característicos. Este grupo se dedica a con-

trarrestar los actos de los *skin* racistas, a veces inclusive empleando la violencia contra ellos, aunque su principal labor es la de informar a la población y limpiar la escena skinhead de racistas.

PUNKS: nacen en Nueva York y Londres en los años 70, y surgen como una moda que partió de las pandillas juveniles. Se adornan los pantalones con cadenas y llevan ganchos que atraviesan las orejas o la nariz, o incrustados en ellas. Se tiñen el pelo, rígido y puntiagudo, de colores tan variados como rojo, verde, amarillo y azul o rubio oxigenado con las raíces negras. El *punk* fue una expresión de violencia e influyó en el mundo musical.

La “nueva ola” (*New Wave*), denominación que se dio a los grupos *punk*, exportó la imagen de Gran Bretaña al extranjero. Hasta principios de los años 80 no se adoptó su moda en los peinados. Algunos de los elementos de su atuendo habitual y que además constituyen una de las formas más prácticas de identificación, son la cadena en el cuello cerrada con un candado, la hoja de afeitar, las ropas oscuras, andrajosas y manchadas, y las cabelleras rapadas. Su estética se remite al uso de pantalones ajustados, remeras de sus grupos favoritos y el uso de mechones de cabello de distintos colores. Tatuajes, botas militares, chaqueta de cuero y varios aros en las orejas completan el cuadro.

MOD-S: surgen en Londres del mundo del *pub* y de la música de los años 60. Les gusta la ropa elegante y usan chaquetas

oscuras y ceñidas, y pantalones estrechos y cortos. Su vida está llena de espejos, como en las discotecas de moda, de ahí que uno de sus sueños sea tener una moto con muchos espejos circulares.



HEAVIES: este grupo tiene su origen en el Reino Unido en la década de los 70. Se declara antimilitarista, apolítico y pacífico. Se caracterizaba por llevar el pelo largo y jeans ceñidos, chaquetas de cuero con tachas y remeras con la imagen de su ídolo musical, botas militares o deportivas de tobillera alta.



Obviamente, el tipo de música que sus integrantes escuchan es *heavy metal*; algunas de sus principales actividades son reunirse para disfrutar de sus cantantes y grupos favoritos, asistir a conciertos y, en muchos casos, consumir marihuana. Esta droga, el alcohol y la excitación musical son los elementos que –con frecuencia– generan manifestaciones violentas. Es, de todos los grupos, el más intergeneracional.

B-BOYS: en medio del reordenamiento del sistema internacional, tras la Guerra Fría y la desorientación mundial, nace un nuevo grupo con una estética diferente. El método de protesta empezó a dejarse ver en las paredes con grafitis artísticos.

Su pensamiento se engloba dentro del movimiento estadounidense *hip-hop*, en contra del sistema y de la droga. Se visten con pantalones y camisetas anchas y de colores fuertes. Como complementos, utilizan gorras y anillos, y se peinan con el estilo afro.



GLAM: es uno de los movimientos más controvertidos de los años 70. Recibió otros nombres, como Glitter Pop o Gay Power. Se lo identificó como *glitter* por la brillantina y otros elementos que producen brillo en el pelo, la piel o los tejidos, y que intentan deslumbrar al espectador. También se lo llamó Gay Power, ya que algunos de sus integrantes hacían hincapié en la ambigüedad sexual con la intención de provocar. Utilizaban maquillajes apropiados para acentuar esa caracterización.

Los chicos y las chicas vestían del mismo modo, con pantalones anchos que comenzaban ajustados en la cintura y camisas muy entalladas. Los abrigos de lana eran cortos y pegados al cuerpo, como si fueran de varios talles menos. Utilizaban colores vivos y llamativos.

El pantalón se convirtió en una prenda frecuente en la vestimenta de la mujer, no sólo para la vida cotidiana sino, especialmente, para la noche, con esmoquin de corte masculino, pero acampanado y con tejidos estampados en colores psicodélicos.



GÓTICOS: se sitúan en una posición confusa y altamente fragmentada de las clasificaciones de tribus (más de una vez se utilizan indistintamente los términos “siniestros” o *darks* para referirse a lo mismo). Si bien aquí confluyen diferentes bandas, cada una de éstas comparte como característica sobresaliente los tonos negros y la oscuridad.

En cuanto a su apariencia, es muy producida y de estilo barroco: peinado “cuidadosamente descuidado”, de color negro, con toques y mechones de otros tonos, tez pálida y aspecto enfermizo, gran preferencia en general por el negro y los símbolos de muerte o religiosos. De ideología fuertemente individualista y pesimista, el género musical que los caracteriza es precisamente el que origina el nombre de la tribu, el gótico. Entre los destacados figura con un papel importante el grupo musical The Cure, en tanto la versión más comercial de los góticos está representada por el polémico y célebre cantante Marilyn Manson.

HARD: en su atuendo característico prevalecen la camiseta y la bermuda larga. La cabeza rapada y/o las rastas también forman parte de su aspecto. Sus principales actividades consisten en asistir a recitales de música *hardcore* (*heavy metal* con *punk*) y pasar algo de su tiempo con la computadora. La ideología de este grupo podría resumirse como apolítica, apartidaria e individualista, aunque más en el espíritu que en las actuaciones. Sus tendencias violentas se manifiestan ante todo con la excitación musical.



HIPPIES: surgieron en los Estados Unidos y Gran Bretaña a mediados de los años 60, a raíz de tres factores: el consumo de ácido lisérgico, la influencia del modo de vida oriental (amor por la naturaleza) y el rechazo a la guerra de Vietnam. Las mujeres lucían polleras largas, coloridas y amplias, mientras los hombres utilizaban pantalones estilo acampanados con camisas y chalecos de colores. Ostentaban adornos en el cabello, sobre todo flores.

Reivindicaban el pacifismo, se identificaban con la segunda etapa musical de los Beatles y Bob Dylan y la naturaleza y, fun-



damentalmente, se oponían a todo aquello que les impidiera ejercer su libertad.

RAPEROS: nacieron a partir de los grupos y bandas oriundas del barrio neoyorquino del Bronx; utilizan ropa cómoda, bien amplia, y escriben grafitis en las paredes para expresar algunos de sus pensamientos o ideas. Frecuentemente se los reconoce por sus enormes pantalones, sus gorras (aunque sea en horas de la noche) y los anillos brillantes y multicolores que lucen en sus manos. Los estilos musicales que prefieren son el *hip-hop* y, obviamente, el *rap*. Detestan las desigualdades sociales y, sobre todo, a la policía.



Expresiones de la violencia juvenil

Preguntarse sobre las relaciones entre la juventud y la violencia quizás remita a reflexionar sobre las formas en que se es joven en la actualidad. O sobre el clima de ingreso a la adultez en el que están insertos los adolescentes. Supone hacerse preguntas como las siguientes: ¿cuáles son los factores que hacen que algunos chicos y chicas se incorporen a grupos cuya característica de identidad fundamental es compartir hechos de prepotencia, provocación, agresión y violencia? ¿Cuál es la causa por la que determinados grupos, como los *skinheads* de derecha, reclutan adeptos dentro de nuestra sociedad? ¿Quiénes son las víctimas de la violencia? ¿Qué puede/debe hacer la sociedad?

La primera de las preguntas refiere a climas de época: es indudable que la violencia se ha transformado en una “vecina” aceptable. La violencia material y simbólica inunda la vida cotidiana y es ampliada como noticia por los medios hasta el borde del disfrute sádico y obsceno.

La violencia se ha naturalizado como función equivocadamente expresiva y algunos jóvenes creen ver en su despliegue una forma de afirmación en el mundo, una forma de pelear por algo y contra algo (que además puede permitirles una supuesta constatación de éxito). La violencia cotidiana, urbana, se ha transformado en una constante no cuestionada cultural ni socialmente, y algunos jóvenes recurren a ella para encontrar un reconocimiento social que no logran alcanzar por otros medios.

Los *skinheads* recurren a múltiples “textos” y relatos sociales donde la discriminación, la inferiorización, el antisemitismo, el odio a los inmigrantes o a los aborígenes son parte del lenguaje cotidiano muchas veces escondido detrás de lo “políticamente correcto”. Las entrevistas en profundidad realizadas a *skin* de derecha (no todos los cabezas rapadas son fascistas: algunos son confesadamente pacifistas –los *sharp*– o de izquierda –los *red skin*–) demuestran que el reclutamiento de jóvenes en sus filas se produce por las carencias de referentes adultos confiables y creíbles, por la incapacidad familiar para generar un tránsito adecuado de la pubertad a la juventud, por la canalización de ideologías discriminatorias incorporadas durante la infancia y por la necesidad de contar con un grupo de pares que brinde seguridad, confianza, respaldo y defensa, frente a un mundo que consideran violento y al que suponen que hay que enfrentar con violencia.



Los procesos de exogamia requieren que los jóvenes “construyan” junto a sus amigos una “familia” alternativa para armar una identidad individual alejada de la mirada parental.

Otro de los factores asociados al reclutamiento es el hecho de que identifican la violencia como una forma más exitosa de reconocimiento social: como los *skin* quieren poseer una identidad fuerte, creen que la irrupción de la violencia y su difusión mediática les garantizan una existencia social más plena que otras formas expresivas. Los cabezas rapadas locales suelen pertenecer a los estratos medios-bajos y poseen un discurso seudonacionalista que los hace reclutables por parte de las diversas y minoritarias organizaciones falangistas locales.

De hecho un importante porcentaje de los agrupamientos nazis hace su tránsito inicial por grupos *skin*, incorporando la fraseología del “orgullo oi” y el *physique du rôle* brutal de una supuesta superioridad que consideran indudable. La literatura en la que se inician mezcla revistas distribuidas en los parques urbanos donde se venden e intercambian juegos de *Play Station*, historietas, juegos de PC o *fanzines* en los que figuran las canciones del rock *under*. También se reproducen de forma exponencial a través de páginas web y literatura racista distribuida por grupos juveniles de tendencia claramente nazi.

Los grupos a los que consideran sus enemigos jurados son las minorías étnicas, religiosas o sexuales. De esta manera, en su vida de relación, creen que son superiores a alguien. Se sienten portadores de un lugar de preponderancia frente a los otros y “comprueban” que son alguien en el mundo. Desprecian intuitivamente toda

diferencia y configuran el mundo como un lugar jerárquico donde hay dominantes y dominados, y se ubican ellos en el lugar supremo. Creen que la desaparición de las jerarquías y la aceptación de las diferencias constituyen un peligro indudable para su existencia social.

Los hechos recientes y la larga lista de violencias urbanas practicadas por estos grupos exigen en principio diferenciar las tribus y evitar la culpabilización de los jóvenes en general por lo actuado por una parte de ellos. Implican además cuestionar los discursos discriminatorios, que no son sólo juveniles, aunque utilizan como fuerza de choque a este grupo etario. Suponen, también, insertar dentro del sistema educativo y de los debates familiares el reconocimiento de las diferentes tribus juveniles, sus características y sus proyecciones, y desmontar las creencias vulgares de que todo agrupamiento juvenil (las tribus) es de por sí peligroso; al mismo tiempo es necesario valorizar aquellos rasgos culturales que contienen estandartes artísticos, solidarios y expresivos en los cuales lo humanitario, lo equitativo, lo erótico y lo pacificador poseen un lugar, una proyección en los sujetos y una utopía de realización comunitaria.

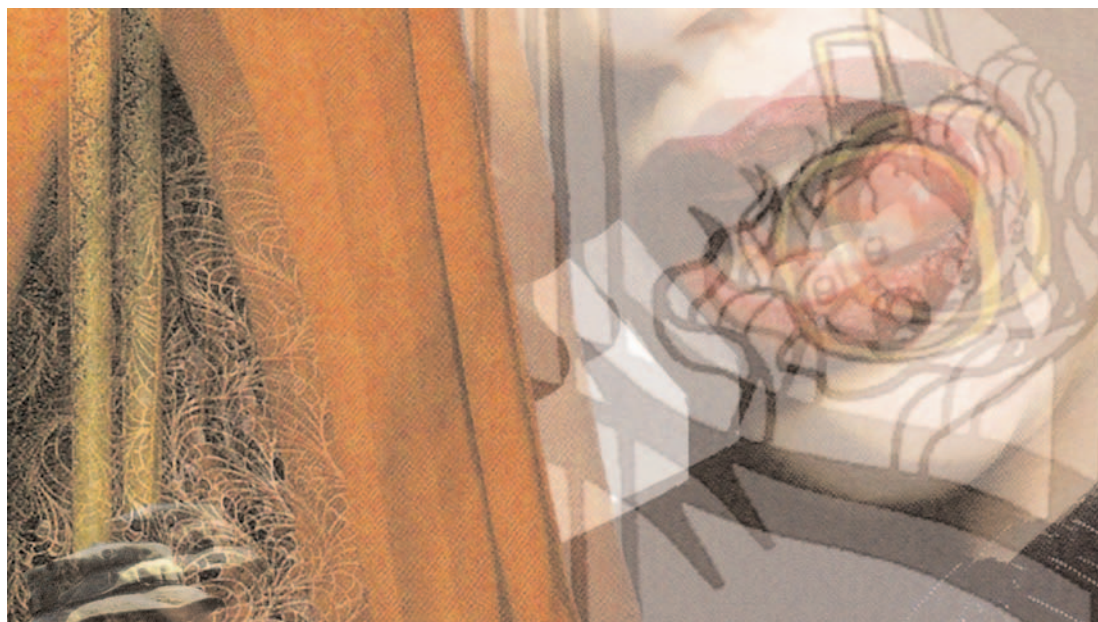
Un muy grave problema relacionado con lo anterior y, al parecer, de más reciente data, es el de la violencia escolar. El aumento de graves agresiones entre alumnos y de éstos hacia los profesores produce en la actualidad una gran preocupación. Los abusos entre iguales están presentes en

casi todos los centros escolares de secundaria y son sufridos, presenciados y ejercidos por elevados porcentajes de alumnos que de un modo u otro padecerán luego sus consecuencias.

Los mayores abusos reportados son los de agresión verbal y exclusión social, seguidos por agresión física indirecta, conductas de amenaza para intimidar, agresiones físicas directas y, en mucha menor medida, obligar a otro a hacer cosas que no desea, acoso sexual y amenazas con armas.



La sexualidad entre los jóvenes varones continúa muchas veces expresándose en términos de oscuridad, pecado o mitificación, e incluso se asocia a la violencia en relación con la mujer.





La juventud y las condiciones para su participación política

El sistema democrático ha sufrido en los últimos años los embates de las crisis económicas, el desprestigio del sistema político y la tendencia creciente a valorar lo inmediato más que el proyecto de país o de futuro. Probablemente han sido los jóvenes quienes mejor han encarnado o expresado la sensación reinante de indiferencia y de desgano con respecto a la participación en los aspectos públicos. Paralelamente han sido también los jóvenes quienes han canalizado su capacidad de trabajo en iniciativas de orden social ligadas al tercer sector y a búsquedas artísticas y culturales basadas en lo expresivo, y sobre todo en una búsqueda por ser visibilizados por la sociedad mediante la “ocupación” simbólica de la noche, la asistencia a los espectáculos musicales y el culto al rock y la cumbia.

La participación política juvenil ha sido protagonizada, mayoritariamente, desde los años 90 a la actualidad, por un segmento cooptado por una lógica clientelar motivada por “hacer carrera política” y vincularse a los “punteros” locales. Esta lógica, sumada a la crisis de lo público motivada por el desprestigio del Estado y la privatización creciente de lo público, ha derivado en que la juventud se sienta lejos de toda participación política y en que inclusive todo tipo de militancia o vinculación con partidos políticos sea visualizado por los propios jóvenes como una expresión de la corrupción.

A su vez este nuevo statu quo de una política “sin jóvenes” ha llevado a muchos integrantes de la llamada generación del 60

a desvalorizar a quienes hoy “pasan” de la política: muchos adultos, hoy padres de estos jóvenes apolíticos, tienden a establecer patrones nostálgicos que se expresan en valorizaciones de desprecio hacia los jóvenes del siglo XXI: los “sesentistas” los acusan de ser indiferentes ante los problemas sociales, lo cual ahonda las distancias intergeneracionales.

Caracterizar el mundo que nos rodea nos ayudará a pensar con qué se encuentra un joven a quien se le impone la tarea de “emigrar” del mundo en el que tiene que comportarse como un niño en la familia hacia el “mundo de los pares”, y de allí al “mundo adulto”... También es cierto que el modelo de la crisis adolescente desde siempre implicó enfrentamiento con lo establecido. Las instituciones, desde la familia hasta las instancias educativas, han actuado históricamente como fuerzas externas normatizadoras del sujeto y moldeadoras de identidad, ayudando a reglamentar el pasaje de la niñez a la adultez.

Nos encontramos con una transformación acelerada de las instituciones. Las familias actuales, que quedan excluidas del modelo de familia nuclear burguesa, abrieron un nuevo espacio de reflexión. Podemos mencionar a las “familias ensambladas” o las “monoparentales”, en que una mujer cría sola a su hijo, o, en menor proporción estadística, aquellas en las que la crianza está a cargo del hombre.

La crianza de chicos por madres adolescentes, que en general se lleva a cabo en el

hogar paterno, es también parte de esta nueva situación. Asimismo, los hijos nacidos de tratamientos con fertilización asistida nos plantean interrogantes aún abiertos. Tampoco podemos dejar de lado la crianza de niños por parte de parejas homosexuales.

No deberíamos, sobre todo para no ser ingenuos, caer en la tentación de idealizar los cambios hacia los que nos presiona la situación actual de crisis de valores, derrumbe de ideologías y caída de ciertos ideales. Tampoco tendríamos que adoptar una visión apocalíptica, que resulta ciega frente al desafío que la aparición de lo nuevo nos plantea. Sin caer en la nostalgia, podemos decir, por ejemplo, que en la infancia que atravesaron los jóvenes de hace treinta años se enseñaba acerca de la importancia del ahorro. ¿Quién podría sostener hoy esta postura en familias que han perdido sus pocas reservas, reunidas con el esfuerzo del trabajo diario, como consecuencia de políticas económicas locales y mundiales que redujeron su patrimonio a cero?

Lo mismo sucede con el concepto de democracia y el valor del voto a la hora de elegir gobernantes en nuestra sufrida Latinoamérica, que ha visto caer a gobiernos rápidamente e implantar regímenes totalitarios con costos humanos que apenas podemos simbolizar. No parece ser una noción que el adolescente aprecie en la actualidad. Esto puede comprobarse por la escasa participación de los jóvenes en la

política. El mundo externo es amenazador para el joven. No sólo porque es nuevo y desconocido. En las condiciones actuales de inseguridad un adolescente puede sufrir violencia de distintos grados: desde ser víctima de robo, secuestro o violación hasta morir en la estación del tren que aguarda para llegar a la universidad. Y constituye también una amenaza para el joven el tener un padre desocupado, un hermano drogadicto o preso, y el vivir en un país con altísimas tasas de pobreza o con sistemas de corrupción que parecen inmodificables.

Los principales signos de estos tiempos son la institucionalización del cambio y la centralidad del conocimiento como motor del crecimiento, y ambos factores colocan a la juventud en una situación privilegiada para aportar al desarrollo. Así, la juventud pasa a ser el segmento de la población cuya dinámica se acompasa naturalmente al ritmo de los tiempos, mientras que lo contrario sucede con la población adulta, para la cual la celeridad de las transformaciones en el mundo de la producción reduce el valor de mercado de su experiencia acumulada y coloca sus destrezas en permanente riesgo de obsolescencia. De este modo el foco de la dinámica se desplaza a las nuevas generaciones.

Sin embargo, mientras el despliegue de los actuales estilos de desarrollo supone un aprovechamiento óptimo del tipo de activos que se concentran en la juventud, se da la paradoja de que aumenta la exclusión social entre los jóvenes: se destacan como



principal evidencia las importantes tasas de deserción y fracaso escolar y los elevados niveles de desempleo juvenil, que duplican y hasta triplican en varios casos al desempleo adulto. El tema es conocido y no hace falta detenerse demasiado al respecto. Baste recordar que el desempleo juvenil tiene características netamente estructurales y ha persistido en niveles sumamente elevados en los últimos cuarenta años (al menos), tanto en épocas de crisis como en etapas de crecimiento económico sostenido, y que el fracaso escolar tiene directa relación con la ampliación y heterogeneización de la cobertura educativa producida en las últimas décadas, sin que el sistema haya podido adecuarse.

El entorno de los jóvenes modela e influencia constantemente sus ideas. Cuando los adolescentes pueden aprender y expresarse sin miedo, tienen más probabilidades de participar en actividades con sus padres, amigos y el resto de la comunidad. Mejoran su autoestima y, muchas veces, se convierten en modelos positivos de conducta.

Parte del entorno de los jóvenes está compuesto por personas adultas. ¿Generan confianza? ¿Qué tipo de vínculo ofrecen?

Una idea interesante para diseñar estrategias que permitan un buen acercamiento, positivo y constructivo, con los jóvenes es plantearles a ellos mismos todas las condiciones que debe/debería poseer un adulto **ideal**, es decir, aquella persona que desearían incorporar como **referente** en su propio mundo.

Por su parte, las normas (nacionales, provinciales y hasta municipales) deben promover y respaldar los derechos de los jóvenes y adolescentes, así como participar en el desarrollo y control de esas políticas.

Al respecto, hay un dato que –lamentablemente– ya no sorprende a nadie. La mayoría de los relevamientos muestran el verdadero pensamiento de los jóvenes acerca de (dejando de lado a los adultos que los rodean) los valores éticos y morales que transmiten las figuras representativas de la sociedad. Es común y frecuente escuchar frases del estilo: “No confío en las autoridades; no me siento representado; son todos ladrones o estafadores. Nunca hacen nada por la gente y sólo les interesa su propio beneficio”. Estos conceptos, lejos de la indiferencia, expresan con claridad que –para los jóvenes– las autoridades de los gobiernos y las figuras políticas, en general, resultan escasamente confiables y poco creíbles.

El panorama que surge de estas percepciones es complejo y negativo. No sólo para los adolescentes, quienes no encuentran un camino facilitado por los adultos para alcanzar un futuro con mayores posibilidades, sino que también resulta tremendamente negativo para la propia sociedad.

Lo cierto es que los jóvenes reconocen la importancia de las leyes y las normas, aunque –al mismo tiempo– señalan que **no se cumplen**, se violan permanentemente. Es decir que, utilizando vocabulario juvenil, se transgreden. “Los adolescentes –dicen ellos

mismos— no cumplimos las normas, igual que los adultos. Esto es así, lo hace prácticamente toda la sociedad. Lo hacen todos.”

Esto podría tener una doble lectura: los jóvenes son indulgentes y comprensivos, y justifican su propia conducta transgresora, pero censuran y critican enfáticamente a los adultos que hacen lo mismo y, en especial, a las autoridades que no respetan leyes ni normas. Otra vez estamos, entonces, frente a la dificultad de que vislumbren referentes confiables en el mundo adulto.

Los jóvenes tienen una particular tentación por “tirar de la cuerda”, por tensar la situación, para saber hasta dónde se puede llegar. Y creen que “todo se puede”. Utilizan sus propias normas, sus propios códigos, y dicen no precisar ni aceptar las normas de los adultos.

Los adolescentes a los que se les niegan oportunidades de crecimiento y se sienten atrapados por sus circunstancias, pueden tener problemas con la ley. Incluso los jóvenes que se sienten apoyados y son optimistas sobre su futuro pueden responder a su creciente dependencia poniendo a prueba los límites de su libertad. La forma en que la sociedad responde a un joven que vulnera la ley puede determinar positivamente su futuro o frustrarlo.

Los jóvenes tienen derecho a contar con un sistema judicial de menores independiente y que ofrezca alternativas. Siempre que fuera posible, los jóvenes deberían quedar a cargo de sus familias hasta la realización del juicio. Es más, de ser factible, se podrían implementar sanciones o castigos que incluyan servicios a la comunidad.



Actividades

1. Realizar una lista con lo que esperan de los adultos, por ejemplo:

Que sepan escuchar...
Que comprendan...

Que sean justos...

Que tengan convicciones...

2. Realizar otra lista con lo que piensan que los jóvenes deberían dar a la sociedad.



Cuando son arrestados, los jóvenes pueden tener que afrontar castigos muy duros y constatar cómo se les niega la protección jurídica que sí se les ofrece a los adultos. Muchos países no tienen un sistema judicial de menores independiente del destinado a mayores de edad.

En algunos países, un juez puede mandar a un niño a la cárcel porque está sucio o duerme en la calle, huyó de su casa o perdió sus documentos. En naciones subdesarrolladas como Kenya, las tres razones jurídicas más comunes para la detención de niños y su ingreso a centros tutelares de menores son: indigencia y holgazanería, estar fuera del control paterno y mendicidad.

A medida que los adolescentes maduran, buscan sentirse parte del mundo. En tanto se les pueda ofrecer una amplia gama de oportunidades para transformar las cosas, los jóvenes aprenden, crecen y mejoran.

Un tema que no se puede soslayar es que los jóvenes sufren más que cualquier otro sector las consecuencias de los estilos de desarrollo excluyentes vigentes en casi todos nuestros países; miran con gran recelo a las clases dirigentes, y están en primera fila en las protestas sociales y políticas. Pero al mismo tiempo carecen de espacios propios para la participación ciudadana y de enfoques corporativos que permitan impulsar políticas públicas que procuren mejorar su calidad de vida y su protagonismo social y político.

En este sentido, los movimientos y organizaciones juveniles de la región, que se han transformado radicalmente en los últimos treinta años, no logran cumplir funciones de representación efectiva (y reconocida) de los jóvenes y, por tanto, no consiguen actuar como un “movimiento social”.

Algunas de las respuestas posibles, todavía en construcción, se sustentan en tres pilares centrales:

- Los jóvenes son sujetos de derecho (y no un simple grupo de riesgo), por lo cual deben ser objeto de políticas públicas que tiendan a asegurar la vigencia de sus derechos (a la educación, al trabajo, a la participación, etcétera).
- Las políticas públicas de juventud son un asunto y una responsabilidad de todos, por lo cual es tan importante trabajar tanto con los propios jóvenes como con los adultos que trabajan con jóvenes (docentes, personal de salud, policía, jueces, etc.), desde enfoques incluyentes y no estigmatizadores.
- Los jóvenes pueden ser –en el marco de la actual construcción de la sociedad del conocimiento– actores estratégicos del desarrollo, dado que están infinitamente más y mejor preparados que los adultos para lidiar con la permanencia del cambio y con la centralidad del conocimiento, dos de las principales reglas de juego del mundo del siglo XXI.

Los puntos señalados dejan a la vista que el protagonismo juvenil resulta clave para el propio desarrollo de nuestras socie-

dades, y que no se trata sólo de una justa aspiración de un sector poblacional “crítico”, sino que es casi una obligación que debería guiar –en parte– el desarrollo de la gestión pública.

Por cierto, los estilos de gestión de las políticas públicas no son neutros, ni mucho menos. En realidad, las opciones que se toman en este terreno determinan –en buena medida– los éxitos y fracasos que se obtienen en términos de resultados, y ello justifica la necesidad imperiosa de identificar buenas prácticas (para repetirlas en gran escala en todas partes) y de evitar enfoques equivocados que ya han provocado fracasos estrepitosos en varios casos concretos a lo largo de la historia y en muy diversos contextos territoriales.

Parece evidente que no tiene sentido apostar todo a la aprobación de leyes de dudosa relevancia efectiva o a la construcción de espacios específicos para la participación juvenil (casas de la juventud, clubes juveniles, etc.). Las normas, cuando no van acompañadas de procesos sociales y políticos que las respalden y legitimen, no logran pasar el umbral de su aprobación formal, mientras que los espacios específicos para la participación juvenil, muchas veces sin proponérselo, terminan reforzando el aislamiento social de los jóvenes, en lugar de promover su integración, con lo cual se generan perversidades sumamente complejas y difíciles de encarar.

Al mismo tiempo, habría que trabajar para que –junto con la aprobación de leyes

para la juventud que sean el resultado de consensos sociales y políticos previamente contruidos– se avance en el diseño de planes integrales de juventud, en el marco de los planes nacionales de desarrollo, sustentados en acuerdos sustantivos sobre el rol de los jóvenes como actores estratégicos en la construcción de la sociedad del conocimiento.

Se debería apuntar, entonces, a la necesidad de dotar a las políticas de Estado de una perspectiva generacional que atravesase todas las esferas de la gestión pública, tanto en la órbita estatal como en el campo de la sociedad civil. Esto implica trabajar intensamente en el marco de las grandes políticas públicas de juventud, con nuevos enfoques.

A simple modo de ejemplo, hay que repensar la enseñanza media o secundaria, establecerla o diseñarla como un privilegiado espacio de socialización juvenil, procurando acercar cultura juvenil y cultura escolar (superando el abismo actualmente existente entre ambas), y apostando decididamente a la formación ciudadana y no sólo a la transmisión de conocimientos en términos de preparación para el acceso a la educación superior (brindando –por tanto– alternativas “terminales” más concretas en relación con el mundo del trabajo).

Además, sería imprescindible reformular las políticas de salud para adolescentes y jóvenes desde un enfoque de derechos, con un especial hincapié en los derechos sexuales y reproductivos. En este sentido, hacen



falta acciones conjuntas entre las áreas de salud y educación, que coordinen y trabajen desde la comprensión de nuevas tendencias cultural en el mundo juvenil.

Y, en consonancia, con estas prioridades, será necesario repensar completamente las políticas públicas relacionadas con el riesgoso vínculo existente entre jóvenes y violencia, trabajando intensamente con jueces, militares y policías, atendiendo simultáneamente la reformulación a fondo del rol (absolutamente estigmatizador) de los medios masivos de comunicación en estos dominios, desde la perspectiva de los derechos humanos.

Frente a la construcción de lugares específicos para la participación juvenil, sería fundamental trabajar para aumentar y fortalecer la presencia de jóvenes en los diferentes espacios de participación ciudadana existentes, sobre todo en términos de asignación de recursos (presupuesto participativo) y en relación con el control social de las políticas públicas (auditorías ciudadanas). Esto implica trabajar intensamente en la legitimación y el fortalecimiento de los movimientos juveniles, asumiendo que hay muchos y muy diversos (y que todos son importantes) y evitando celosamente su manipulación estatal o partidaria.



Actividades

1. Se sugiere al docente o responsable del curso leer el artículo 37, inciso b), de la Convención sobre los derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, que señala lo siguiente:

“Los Estados Partes velarán por que ningún niño sea privado de su libertad ilegal o arbitrariamente. La detención, el encarcelamiento o la prisión de un niño se llevará a cabo de conformidad con la ley y se utilizará tan sólo como medida de último recurso y durante el período más breve que proceda.”

2. El docente formulará algunas preguntas:

¿Saben de alguna situación de detención injusta o arbitraria?
¿Conocen los derechos de niños, niñas y adolescentes frente a estas situaciones?
¿Cuál piensan que es la actitud correcta por parte del joven en estos casos?
¿Cómo creen que la escuela debería formar para situaciones en que se ven vulnerados los derechos?

Podría sostenerse que la condición social de niños y niñas, por un lado, y de las mujeres, por otro (por citar sólo un ejemplo), mejoró notablemente en los últimos treinta o cuarenta años; sin embargo, contemplando el mismo período, no puede sostenerse esta afirmación con relación a los jóvenes de ambos sexos, cuya condición social es igual o peor que la que se registraba en el pasado.

Las explicaciones pueden ser muchas y muy variadas, pero, en todo caso, el eje central debería girar en torno de la pertinencia y la relevancia de las respectivas políticas públicas. En este sentido, es un hecho que prácticamente todos los países de América Latina invirtieron durante los últimos cincuenta años en el diseño y la implementación de políticas públicas relacionadas con la niñez (lo cual ha redundado en menores niveles de mortalidad y morbilidad infantil, mayores tasas de escolaridad, etc.), al tiempo que los movimien-

tos de mujeres lograron que las políticas públicas incorporaran más claramente la perspectiva de género.

Esto no ha ocurrido en el caso de las políticas públicas de juventud, terreno en el cual se comienza constantemente de cero, pues se enfrentan numerosas dificultades para acumular experiencias y se logran algunos pocos impactos positivos en términos de mejoras en el acceso a la educación, sin que estos avances puedan verificarse en otros terrenos similares.

¿Por qué ocurren las cosas de este modo? Lo primero por señalar es la recurrencia a respuestas coyunturales, pues esto no tiene que ver ni con crisis económicas específicas ni con estilos particulares de gestión pública en términos de orientaciones gubernamentales.

Todo parece indicar que la principal explicación para tener en cuenta se relaciona con la transitoriedad de la condición juvenil, factor que permite sostener que la juventud es una de las pocas (si no la única) condiciones sociales que se pierden con el paso de los años. Irremediablemente, todos dejamos de ser jóvenes con el paso del tiempo, y si bien esto ocurre también con la condición de niños y niñas, lo cierto es que en la etapa juvenil esto tiene connotaciones mucho más relevantes, en la medida en que nos enfrentamos a dos desafíos centrales en la vida de cualquier ser humano: la construcción de identidad y la de la autonomía; el resultado obtenido marcará decisivamente el resto de nuestra existencia.



Esta situación merece una mayor fundamentación, asentada en el hecho de que esta transitoriedad de la edad juvenil, en lugar de ser un rasgo negativo, tiene un gran potencial, ya que lleva a pensar que los jóvenes podrían estar más preocupados por el mundo al que les va a tocar integrarse, una vez procesada la construcción de autonomía y de identidad, que por su propia condición transitoria por definición. Y que este impulso y proyección deberían ser mejor entendidos y canalizados desde las orientaciones de las políticas públicas.

Por ello, cuando los jóvenes se organizan y luchan por alguna reivindicación, no lo hacen —como los trabajadores o las mujeres, por caso— en relación con temas vinculados directamente con su vida cotidiana (empleo para los jóvenes, servicios de salud diferenciados, etc.) sino por otros más amplios (la libertad, los derechos humanos, la paz, la ecología, la democracia, etc.). En

otras palabras, no actúan desde enfoques corporativos, sino universales.

La importancia del tema analizado anteriormente se relaciona con el hecho de que, en realidad, las políticas públicas de juventud carecen de un actor que las impulse, algo que no ocurre en casi ningún otro caso. Es decir, mientras que los trabajadores cuentan con los sindicatos y las mujeres cuentan con sus movimientos específicos, esto no ocurre con los movimientos juveniles, pues aunque existen y son muy fuertes en varios casos específicos, sus acciones no están dirigidas a consolidar políticas y programas que permitan mejorar la inserción social actual de los jóvenes (en tanto tales), sino que se orientan de manera predominante a procurar mejorar el mundo al que les tocará integrarse (cuando sean adultos), algo totalmente lógico si se asume la transitoriedad como una regla básica.



Jóvenes y adultos de hoy: relaciones difíciles pero necesarias

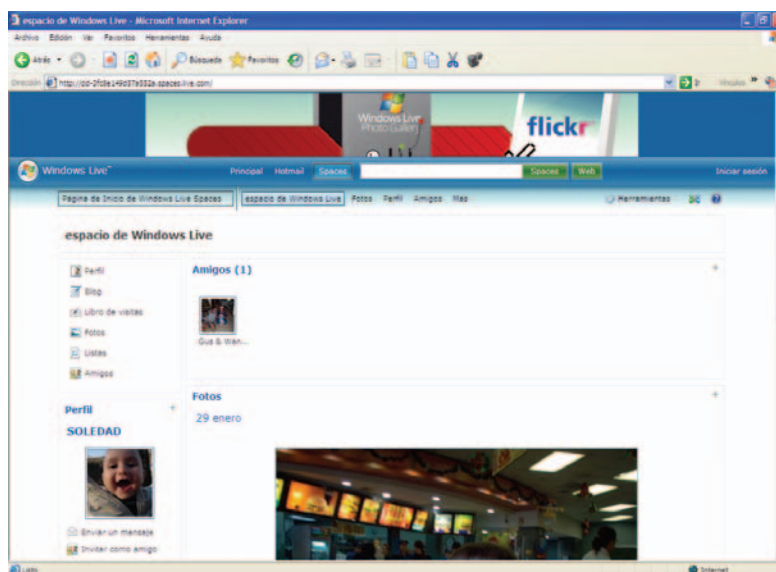
Estar en contacto con las nuevas generaciones implica comprender la necesidad de los jóvenes de proponer alternativas a lo que reciben del mundo adulto. Muchas veces los padres y el sistema educativo desconocen que la juventud tiene que construir un mundo propio para sentir que está viva, para creer que puede contribuir con alguna perspectiva propia al mundo al que se integra. Es necesario comprender que la crítica adolescente es parte de ese proceso de deconstrucción del mundo que reciben los jóvenes, y que tienen que recrear para sentirse productores de su propia realidad. Y que este posicionamiento no debe entenderse como un desprecio, sino como una operación de la necesaria ruptura con el mundo adulto para poder construir el propio espacio de crecimiento.

Comprender sus formas de entender la realidad implica aceptar que poseen coordenadas de percepción diferentes de las nuestras. Y que por diferentes, no siempre son peores. Su mundo tiene más de figuraciones, imágenes, símbolos y estéticas que aquel que es valorado por el mundo adulto y la escuela. Asumir este cambio, esta realidad, no supone aceptarlos ni comulgar con ellos. Implica, nada más y nada menos, que contar con un diagnóstico certero sobre el cual trabajar la comunicación con los jóvenes.

Este diagnóstico se vuelve incompleto y estrecho cuando partimos del juicio de valor que paraliza la posibilidad del diálogo, el aprendizaje mutuo y sobre todo el

reconocimiento del otro (del joven) como alguien productivo y capaz de recrear, de jugar con las representaciones figurativas, con la permanente escenificación en el ámbito público, con lo emocional. Supone comprender, entre otras cosas, que, frente a la cultura analógica, se impone y desarrolla un formato digital, lo que nos lleva a interactuar con nuevos lenguajes y novedosos modelos de comunicación, y por lo tanto abandonar la exclusividad de otros formatos, como la cultura del libro o el debate.

Internet, para los jóvenes, es mucho más que una fuente de información o de interconexión. En un lugar de identificación y de presentación al mundo, como queda en evidencia en la creciente cantidad de páginas web donde los cibernautas se presentan ante los otros difundiendo sus gustos y sus elecciones personales.



Por lo tanto, todo vínculo con otra generación, sobre todo en etapas de alta densidad innovadora, tanto en lo cultural como en lo comunicacional, debe incluir un aprendizaje humilde por parte de los adultos. Esto no significa que los adultos

debamos convertirnos en jóvenes, ni que corramos detrás de la última cirugía estética para desdibujar nuestra edad, ni que nos abstengamos de ser críticos con respecto a prácticas, procedimientos y percepciones

de los jóvenes. Simplemente tenemos que dialogar desde un lugar común, pero ese territorio no podemos imponerlo de facto, no puede estar basado únicamente en un solo idioma, el que reconocen los adultos.



Preguntas para la discusión

A esta altura del desarrollo del módulo estamos en condiciones de buscar algunas respuestas.

¿Por qué la juventud no es meramente una etapa de tránsito?

¿Es posible el diálogo entre jóvenes y adultos?

¿En qué condiciones podría darse ese diálogo?

Actividades para trabajar con las películas

DESPABÍLATE AMOR

Ficha técnica y artística

Título original: *Despabilate amor*.

Origen: Argentina.

Año: 1997.

Compañía productora: Artear Argentina / CQ3 Films / Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales / Líder Films

Género: Comedia dramática.

Elenco: Darío Grandinetti, Manuel Callau, Joaquín Bonet, Luciano Levrado, Laura Azcurra, Diego Alcalá, Miguel Paludí, Eduardo Narvay, Sebastián Pajoni, Elvira Onetto, Marga Rusel, Juan Leyrado, Emilia Mazer, Valentina Bassi, Marilyn Solava, Soledad Silveira, Gustavo Garzón.

Dirección: Eliseo Subiela.

Producción: Raúl Campos.

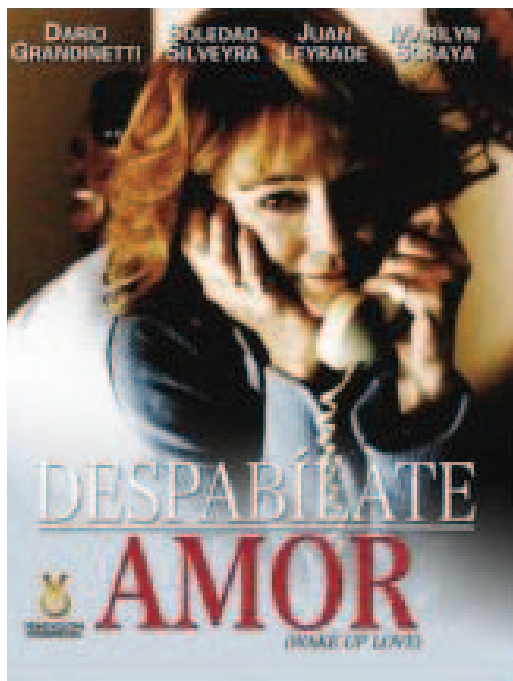
Guión: Eliseo Subiela.

Breve reseña: un hombre con nostalgias de su época de adolescente ha descubierto en el rock que practica todos los días un remedio contra el envejecimiento. Quiere volver a ver a su antigua barra de amigos y pone en marcha el encuentro. Les propone un asalto como los de antes. Así llega a dar con Ernesto, un periodista cuarentón, ex militante y ex exiliado que anda detrás de una misteriosa cubana. El filme muestra dos caras: la evocación nostálgica y el retrato actual de los personajes de ayer, colmado de emoción.

Música: Martín Bianchedi.

Fotografía: Daniel Rodríguez Maseda.

Duración: 98 minutos.



Actividades

1. ¿Qué nos sugiere el título de la película *Despabilate amor*? ¿Quién se lo dirá a quién y con respecto a qué?
2. Ernesto, el protagonista, es un periodista cuarentón, ex militante y ex exiliado. Si la película fue filmada en 1997, ¿en qué contexto histórico vivió su juventud?
3. ¿Qué saben del contexto político y social de los años 70 en la Argentina?
4. ¿Por qué creen ustedes que Ernesto fue exiliado?
5. Elvis, quien se propuso reunir a todos sus amigos de entonces, comprobó que cada uno emprendió un camino diferente. ¿Imaginan ustedes cómo encontró a cada uno?

6. ¿Cuál es la visión de las relaciones intergeneracionales que propone esta película?
7. En la película *Despabilate amor* observamos diferencias en usos, consumos y cultura entre jóvenes de hace treinta años y los actuales. Esto nos guía para realizar algunas indagaciones:
8. En grupos de tres a cinco miembros:
 - I) Preparar una encuesta destinada a:
 - a) Adultos que hace treinta años cursaban la escuela secundaria y otros que cursaban la universidad.
 - b) Jóvenes de secundaria y universidad de hoy.

Se sugieren algunas preguntas para la encuesta, que pueden ser modificadas o ampliadas:

 - ¿Qué actividades desarrolla/ba habitualmente?
 - ¿Cómo ocupa/ba su tiempo libre?
 - ¿Qué música escucha/ba?
 - ¿En qué lugares se encuentra/encontraba con sus amigos?
 - ¿A qué hora sale/salía para divertirse en la noche?
 - ¿Qué tipo de salidas hace/hacía?
 - ¿Qué diarios, revistas, libros lee/leía?
 - ¿Conoce/conoció gente que debió exiliarse?
 - ¿Conoce/conoció gente que haya desaparecido?
 - c) Además de realizar la encuesta a los adultos y jóvenes, solicitar fotos de cuando eran jóvenes para observar vestimenta, peinados, etc., y registrarlos.

II) Comparar las respuestas de los dos grupos y elaborar conclusiones con la orientación del docente.

Actividades de análisis de escenas

En la película se muestran, entre otras cosas, cambios tecnológicos (distintos equipos de música y TV), cambios políticos (la abuela mira televisión en el momento en que aparece Isabel Martínez de Perón, Mundial de 1978 y asunción del mando de Alfonsín) y algunos cambios culturales (escena de la farmacia, contrastada con la escena de la librería) que reflejan el paso de los años.

1. Describir y desarrollar cómo la película expresa estos cambios y qué importancia tienen para la comprensión de su tema central.
2. Responder en grupos a las siguientes preguntas:
 - a. ¿Por qué creen que en este filme se eligen precisamente los tres momentos históricos anteriormente citados?
 - b. ¿Cómo vive cada uno de los personajes principales (Ernesto, Elvis y Ana) el paso de los años?
 - c. ¿Cuáles son las cosas que cada uno recupera, en la adultez, de su juventud? Mencionar escenas que ejemplifiquen estas elecciones.

MALA ÉPOCA

Ficha técnica y artística

Título original: Mala época.

Origen: Argentina.

Año: 1998.

Compañía productora: Universidad del Cine.

Género: drama

Elenco: Diego Peretti, Virginia Innocenti, Carlos Moreno, Alberto Busaid, Daniel Valenzuela, Carlos Roffe, Alberto Almada, Ricardo Lázara, Marita Ballesteros, Augusto Britez, Martín Adjemian, Luciano Mutinelli, Roly Serrano, Héctor Anglada, Pablo Vega.

Dirección: Nicolás Saad, Mariano De la Rosa, Salvador Roselli y Rodrigo Moreno.

Producción: Mario Santos.

Guión: Nicolás Saad, Mariano De la Rosa, Salvador Roselli y Rodrigo Moreno.

Breve reseña: cuatro historias ocurren al mismo tiempo. Hay elecciones legislativas en Buenos Aires. La gran ciudad es el marco de estas cuatro historias sobre frustraciones y decepciones. La primera parte, protagonizada por un muchacho que viene del campo lleno de ilusiones y esperanzas, nos relata una historia en una pensión: el personaje se ve forzado a inmiscuirse en una historia de drogas y muerte. La segunda parte nos presenta el mundo de los albañiles, en donde un obrero paraguayo es captado por una visión mística de una supuesta Virgen. Con la tercera historia nos adentramos en el mundo de la adolescencia y de la clase media, a través de un chico que experimenta las desilusiones amorosas en relación directa con su condición de clase. Por último, la historia que cierra el filme nos introduce en la vida de un técnico de sonido atrapado en la maraña política de un comité de barrio, muy a su pesar.

Fotografía: Javier Julia y Lucas Schiaffi.

Montaje: Alejandro Brodershon, Guillermo Grillo, Carlos Trapero.

Duración: 112 minutos.



Actividades

1. Responder en grupos a las siguientes preguntas:

- ¿Qué puede entenderse por “mala época” a partir del planteo de la película?
- ¿Recuerdan haber vivido o consideran estar viviendo una mala época? ¿Por qué?
- ¿Qué respuestas puede generar el filme en una persona que está viviendo una “mala época”?

2. El docente puede vincular las respuestas de los grupos tomando como clave de lectura el modo en que se manifiestan la solidaridad y la frustración en una mala época.

Responder en grupos:

- ¿Cómo se desarrolla este conflicto, en el nivel intrageneracional, entre la pareja de adolescentes de Mala época?
- Seleccionar algunas escenas y analizarlas desde la perspectiva de los temas expuestos sobre exclusión, discriminación y fragmentación.

CATERINA EN ROMA

Ficha técnica y artística

Título original: Caterina va in città.

Origen: Italia.

Año: 2003.

Compañía productora: RAI Cinema Cattleya.

Distribuidora: Sagrera TV, S.A.

Género: comedia dramática.

Elenco: Sergio Castellitto, Margherita Buy, Alice Teghil, Antonio Carnevale, Carolina Iaquaniello, Emanuele Aiello, Federica Sbrenna, Giulia Elettra Gorietti, Leo Cappelletto, Margherita Mazzola, Martina Taschetta, Ottavia Virzì, Paola Tiziana Cruciani, Silvio Vannucci, Zach Wallen, Dirección: Paolo Virzì.

Productor: G. Stabilini, M. Chimenz, R. Tozzi.

Guión: Francesco Bruni, Paolo Virzì.

Breve reseña: Caterina, es una joven de trece años que acaba de mudarse, del pequeño pueblo donde nació, a Roma. Ama la música, es honesta y pueblerina, con un padre dominante y ambicioso, Giancarlo, que se siente infeliz porque está convencido de que merece algo más de este mundo. Es un escritor frustrado, con una novela escrita que descansa en un cajón. Para lograr romper el anonimato y venderla a algún programa de televisión, confía en que su hija lo ayude; para ello la inscribe en uno de los colegios más exclusivos de la ciudad y la alienta a salir con sus compañeras, pertenecientes a ilustres familias. Efectivamente, Caterina se hará amiga de las dos líderes de la clase: una de estilo progresista, con madre escritora y padre intelectual; la otra, una salvaje y vivaz niña, cuyo padre es un parlamentario que lidera el partido de derecha. Junto a ellas conocerá el mundo adulto y la sociedad italiana actual, a través de su mirada adolescente.

Música: Carlo Virzì.

Fotografía: Arnaldo Catinari.

Montaje: Cecilia Zanuso.

Duración: 107 minutos.



Actividades

1. Luego de mirar la película contestar en un breve informe escrito:
 - a) ¿Qué te pareció la película?
 - b) ¿Cómo están presentados los jóvenes y adolescentes (actitudes, vestimentas, comportamientos sociales)?
 - c) ¿Cómo están presentados los adultos (actitudes, vestimentas, comportamientos sociales)?
 - d) ¿Cómo se presenta el vínculo entre profesor/res y alumnos?
2. En grupos, analizar los siguientes aspectos. Seguramente hará falta volver a ver la película.
 - a) Relaciones entre padres e hijos, en los casos de Margarita, Daniela y Caterina.
 - b) Imagen que cada una de ellas muestra en la construcción de su identidad en relación con la de sus padres.

- c) Giancarlo resuelve que la familia vaya a vivir en Roma. ¿Qué temores, dudas y expectativas se habrán generado en cada uno de los miembros de la familia al trasladarse a la ciudad? ¿Todos deseaban ese traslado por los mismos motivos? Señalar las diferentes actitudes.
- 3. En grupos, analizar los vínculos entre Caterina y sus padres.
 - a) ¿Cuáles piensan que son las expectativas de los padres con respecto a la educación de la joven?
 - b) ¿Qué tipos de comportamiento elige Caterina para intentar de alguna manera su integración a los grupos?
 - c) ¿Por qué creen que se produce el desajuste entre lo que sus padres esperaban y lo que ella hace efectivamente? ¿Cómo se lo puede leer desde la relación adultos-jóvenes?
- 4. En grupos, analizar las siguientes escenas de *Caterina en Roma* con respecto a ese conflicto, tomando en cuenta el

siguiente interrogante: ¿cómo se desarrolla el conflicto intergeneracional en este filme?

- a) Escena del comienzo de la película: Giancarlo y sus alumnos.
- b) Escena de Margarita con la nueva mujer de su padre y su bebé.
- c) Escena en la dirección en la que los padres son invitados a dialogar.

Actividad de comparación entre *Mala época* y *Caterina en Roma*

Establecer una relación entre las dos películas:

- a) ¿Cuáles son las redes vinculares que ayudan a paliar la angustia de los jóvenes protagonistas frente a la amenaza del mundo externo y sus crisis personales familiares y sociales?
- b) Seleccionar escenas de una y otra película en las que se muestre el funcionamiento de estas redes.



LOS EDUKADORES

Ficha técnica y artística

Título original: Die Fetten jare sind vorbei.

Origen: Alemania.

Año: 2004.

Elenco: Daniel Bruhl, Julia Jentsch, Stipe Erceg, Burghart Klausner.

Dirección: Hans Weingartner.

Producción: Hans Weingartner, Antonin Svoboda.

Guión: Katharina Held, Hans Weingartner.

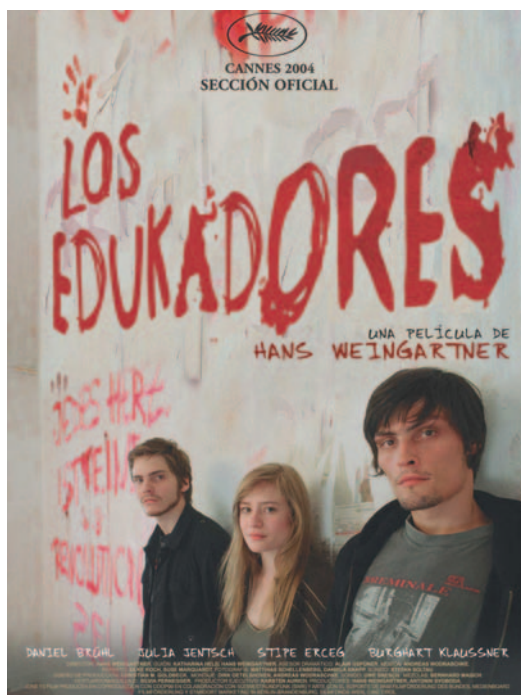
Breve reseña: Jan, Peter y Jule son tres jóvenes rebeldes que sueñan con cambiar el mundo. Jan y Peter se convierten en Los Edukadores, los misteriosos autores de actos poéticos y no violentos con los que quieren desestabilizar y avisar a los ricos de que sus días de bonanza están contados. Pero todo se complica cuando la vulnerable Jule se enamora de los dos chicos. Una decisión imprudente acaba por ponerlos en peligro. El plan no sale como estaba previsto, y lo que nunca debió ser un secuestro acaba por enfrentar a los tres jóvenes idealistas con los valores de la generación en el poder.

Música: Andreas Wodraschke.

Fotografía: Matthias Schellenberg, Daniela Knapp.

Montaje: Dirk Oetelshoven, Andreas Wodraschke.

Duración: 126 minutos.



- b) ¿Cuál es el tema principal que plantea?
¿Qué otros temas se desprenden de éste?
- c) Mencionar y describir a los personajes de la película.
- d) ¿Quiénes son en esta película los “Edukadores”?
- e) ¿Qué ideales sostienen? ¿Se expresan en sus comportamientos? En cuáles de las escenas se manifiestan.
- f) ¿Cómo piensan ellos que pueden cumplir con sus ideales?
- g) ¿Podríamos caracterizarlos como “grupo marginal”? ¿Por qué?
- h) ¿Qué nos dice Los Edukadores acerca de los jóvenes de hoy?
- i) ¿Este filme nos permite pensar la problemática de la identidad de los adolescentes de hoy y sus vínculos con la generación de adultos? ¿Por qué?

Actividades

1. Responder en grupos las siguientes preguntas:
 - a) ¿En qué tiempo y lugar se desarrolla la película?

- j) ¿Qué características muestran esos vínculos en la película?
2. Analizar las siguientes escenas de la película y discutir si se observa contraste o diferencias de culturas entre adultos y jóvenes. ¿Cómo se describiría la cultura de unos y de otros?
- a) La entrada de la familia y la casa totalmente en desorden
 - b) Entrada de la protagonista en la casa del secuestrado, cuando observa la cantidad de autos que posee y la compara con la magnitud de la deuda que ella tiene por haber chocado.
 - c) El diálogo de los jóvenes con el secuestrado en la cabaña.

Actividad de análisis de escenas

- a) ¿Se podría pensar que en esta película hubo un encuentro entre dos generaciones? ¿Por qué?
- b) ¿Qué escena de la película la muestra? Retomar alguna escena de las trabajadas antes.

Actividad comparativa entre *Despáilate amor* y *Los Edukadores*

- a) En estas películas se muestran dos posiciones adultas con respecto a la juventud. Analicen y comparen los personajes de Ernesto en *Despáilate amor* y del secuestrado en *Los Edukadores*.
- b) Las relaciones entre adultos y jóvenes se encuentran atravesadas por la crisis de los grandes relatos. La caída de los grandes relatos genera otras formas de vincularse. Analizar los modos en que se manifiestan las solidaridades de los 70 y las solidaridades contemporáneas, a través de escenas de *Despáilate amor* y *Los Edukadores*.



Bibliografía

- Martha Buró, ¿Por qué debemos invertir en el adolescente?, Organización Panamericana de la Salud (OPS) y Fundación Kellogg, Washington (1998).
- CEPAL/UNESCO, Protagonismo juvenil en proyectos locales: lecciones del Cono Sur, CEPAL, Santiago de Chile (2000).
- Pere Oriol Costa, José Pérez Tornero y Fabio Tropea, Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia, Paidós, Barcelona, 1996.
- Néstor García Canclini, Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización, Grijalbo, México, 1997.
- Silvia Guemureman, "Los sueños de los adolescentes de hoy son de corto plazo" en Clarín, 6/8/2006.
- Martín Hopenhayn, Drogas y violencia: fantasmas de la nueva metrópoli latinoamericana, CEPAL, Santiago de Chile, 2001.
- Bernardo Kliksberg, Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo, BID/Universidad de Maryland, 2000.
- Jesús Martín Barbero, La integración desde lo simbólico de la cultura y la comunicación, RCM, 61, Enero/febrero, 2000.
- Alejandra Mizrahi, Fernanda Giralt Font y Viviana Gómez, Resolución de conflictos, Troquel, Buenos Aires, 2001.
- Rossana Reguillo, Naciones juveniles. Ciudadanía: el nombre de la inclusión, Editorial Norma, Bogotá, 2000.
- , Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto, Norma, México, 1993.
- Ernesto Rodríguez, Juventud, crisis y políticas públicas en el Uruguay: un esquemático balance de los años noventa y propuestas para esta primera década del nuevo siglo, en http://www.portaldelajuventud.org/files/crisisyppj_uruguay.pdf
- , Políticas públicas de juventud en Iberoamérica: de la construcción de espacios específicos al desarrollo de una perspectiva generacional, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Vol. 1, N° 2, Julio-diciembre de 2003.
- Rodríguez, Madaleno y Kastríakis, El ambiente legislativo y de políticas relacionadas con la salud del adolescente en América Latina y el Caribe, Organización Panamericana de la Salud (OPS) y Fundación Kellogg, Washington, 1998.
- Ana María San Juan, Las expectativas de los jóvenes y su relación con la deserción escolar, Documento de Trabajo - BID, Centro para la Paz y la Integración, Universidad Central de Venezuela, 2001.
- Virginia Ungar y María Cristina Rother Hornstein (comp.), La tarea clínica en adolescentes hoy, en: Adolescencias: trayectorias turbulentas, Paidós, Barcelona, 2006.
- Beatriz Taber y Ana Zandperi, ¿Qué piensan los jóvenes? Sobre la familia, la escuela, la

UNICEF, Adolescencia: una etapa fundamental, 2002.

Raúl Zarzuri y Rodrigo Ganter, *ribus urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades*, en *Perspectivas*, N° 8, Diciembre 1999.



